

ERES MI ARMONÍA



Minerva McArn

SERIE: IRONÍAS
DEL DESTINO

ERES MI ARMONÍA

Minerva McArn

La presente novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos en él descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. A efectos de ambientar la obra, se han utilizado algunos lugares reales en los que discurre parte de la trama.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Capítulo 1

El gran telón de terciopelo color escarlata comienza a elevarse lentamente. La platea, atestada de público, se hace visible centímetro a centímetro mientras la iluminación del patio de butacas cambia gradualmente, haciéndose más intensa.

Una gran ovación resuena en el Palacio de la Ópera de París. Susana mira a su compañero de la izquierda y al de su derecha. Sonríe. Busca las manos de las personas que tiene a su lado y luego ojea por primera vez en toda la noche el patio de butacas. Nunca lo hace mientras actúa por temor a perder la concentración y olvidarse de las letras. Prefiere esperar hasta el final, cuando ya ha finalizado la obra y los nervios iniciales se han difuminado poco a poco a medida que se desarrolla la función y su atención queda totalmente absorbida por el desarrollo de la obra. Susana aprovecha para estudiar las emociones que se reflejan en las caras de los asistentes y ver si han quedado satisfechos con la interpretación que acaban de presenciar.

Cuando el telón ha subido lo suficiente como para poder pasar bajo él con seguridad, el elenco al completo que acaba de representar magistralmente la ópera Rigoletto de Giuseppe Verdi, avanza un par de pasos, todavía con las manos entrelazadas, para después realizar una gran reverencia a modo de despedida. El público aplaude con devoción, totalmente entregado.

La obra ha sido un verdadero éxito a pesar de los contratiempos iniciales. Un par de días antes de comenzar las cuatro semanas durante las que tendría lugar el ciclo de representaciones de esta ópera, la mezzosoprano que interpretaba uno de los papeles secundarios se fracturó una pierna al caerse por unas escaleras a la salida de uno de los ensayos. Fue necesario buscar un reemplazo a toda prisa. Por suerte, Susana se encontraba en el lugar correcto y en el momento oportuno para poder optar a ese puesto.

Hace algo más de un año, Susana decidió dar un paso más en su carrera. Se presentó a una audición en la Academia de la Ópera de París y consiguió ser aceptada en una de las escasas y codiciadas plazas ofrecidas por la Academia cada curso. La estancia en París le permitiría ampliar sus estudios durante un año con los mejores profesores del mundo operístico. Para poder costear los gastos buscó un trabajo que se adecuase al horario de las clases. Lo encontró en un pequeño café situado en una concurrida calle, cercana a la estación de tren.

Susana se conoce bien Rigoletto. De hecho, utilizó una de sus arias para la audición que se llevó a cabo durante las pruebas de entrada a la academia, por lo que aprenderse el papel que debía representar en esta obra le resultó sumamente fácil.

Este es el momento con el que siempre había soñado. Un público entregado, muchos de ellos de pie, aplaudiendo enfervorecidos al finalizar la representación. Susana se siente como flotando en una nube. La felicidad compensa con creces todas las penalidades que ha sufrido durante este último mes. Ha sido un periodo agotador en el que ha hecho malabares para poder cumplir con todas sus obligaciones. Ha acudido puntualmente a su trabajo a media jornada como camarera, no se ha perdido ninguna de las clases en la academia, ha asistido a todos los ensayos de la ópera y ha participado en las representaciones. Unas semanas en las que apenas ha tenido tiempo para nada, corriendo de un lugar a otro y durmiendo apenas cinco o seis horas cada día. El tiempo ha pasado volando y aun así han sido los días más felices de su vida.

Este papel, a pesar de ser secundario y de poco relieve, puede suponer un salto importante en su carrera. Su sueño de ser una figura internacionalmente conocida de la ópera y cantar en los

mejores y más importantes teatros de ópera del mundo parece ir por buen camino. Al fin y al cabo, lleva preparándose para ello desde que tenía nueve años, cuando, después de ver por casualidad en televisión una ópera, decidió que ella quería ser una de aquellas personas que estaban sobre el escenario. Era como una obra de teatro en la que la voz se transforma en un poderoso instrumento musical, transmisor de emociones y sentimientos. A partir de ese momento la ópera se convirtió en una obsesión. Incluso cuando leía, intentaba hacerlo en voz alta, cantando, a su manera, como lo que ella entendía que sería una ópera. Su madre, después de escucharla berrear durante varios meses y sufrir tres afonías por forzar la voz, decidió apuntarla a clases de canto. Si su hija estaba empeñada en cantar, al menos que supiese cómo hacerlo para tratar de evitar problemas en las cuerdas vocales.

El telón se baja de nuevo. Los focos disminuyen la intensidad con la que proyectan su luz sobre el escenario y aumenta la iluminación dirigida hacia la zona de butacas. Los asistentes saben que este cambio indica que la función ha finalizado e invita a abandonar el teatro.

Los componentes de la ópera salen del escenario mientras los tramoyistas comienzan a invadir el espacio. Ellos son los encargados de guardar todas las piezas de decorado utilizadas en esta representación. Tienen que dejarlo todo listo para que los operarios del turno de mañana puedan preparar sin contratiempos el escenario de un concierto que se llevará a cabo al día siguiente.

Susana se dirige junto con los demás componentes del elenco a los camerinos intentando sortear el bullicio de técnicos, actores, bailarines, representantes, familiares, amigos,... que dan vida a la parte trasera del teatro. Nicole, la mezzosoprano con la que ha compartido escenario estos días, ha sido su mentora, apoyándola y aconsejándola en su inexperiencia. Durante el desarrollo de la obra ha desarrollado mucha complicidad con ella. Nicole, que cuenta con años de experiencia a sus espaldas, no ha dudado en ofrecerle consejos que le han sido de mucha ayuda sobre el escenario. El ramo de rosas rojas que le han entregado a cada una de ellas desprende un delicioso aroma. De vez en cuando tienen que apartarse para dejar pasar a técnicos que transportan materiales del escenario.

—¡Os espero en mi casa para celebrar la fiesta de despedida! —La voz de François resuena clara y brillante entre los pasillos. —¡No os la perdáis! —François es famoso por sus fiestas y aprovecha cualquier excusa para una celebración. Es el perfecto anfitrión. Vive en un ático con balcón en las cercanías del Arco del Triunfo.

Algunas risas y cuchicheos se escuchan desde el lugar en el que se encuentra un grupo de bailarinas que también se dirigen a los camerinos después de lanzar un sonoro "cuenta con nosotras".

—¿Te animas? —Comenta Nicole mirando a Susana a través del espejo del tocador mientras retira cuidadosamente la peluca de pelo natural colocada meticulosamente por el equipo de peluquería, a fin de conseguir dar mayor realismo a su personaje.

—Uff... Esta vez no puedo ir. Estoy tan cansada que tengo la impresión de que si me siento más de dos minutos me quedaré dormida. ¡Qué digo! ¡Creo que me dormiría incluso estando de pie! Necesito descansar... —Susana bosteza mientras busca su mochila y la abre.

—Dentro de un par de semanas finaliza el curso y todos los años la Academia celebra una fiesta. Nadie se la pierde.

—¡Cierto! Ya lo tengo todo preparado. Es el día veintidós, un miércoles. Lo he marcado con un gran círculo rojo en mi calendario. Me han dicho que suele asistir la flor y nata del mundo de la ópera.

—Ya sabes que es conveniente dejarse ver. Una estrella puede decidir encerrarse en su casa si

lo desea, ya que sabe que la van a seguir llamando para ofrecerle trabajo. Sin embargo, alguien que está empezando su carrera debe aparecer por estos saraos aunque no le apetezca nada. Además, la fiesta de la Academia es como una tradición que no suelen perderse personas importantes del gremio. Yo también asistiré. —Nicole, aunque no puede ser considerada una estrella de renombre internacional, es bastante conocida en el mundillo, por lo que no le falta trabajo y tiene la suerte de poder vivir de la ópera. Unas veces representa papeles secundarios, como en este caso y otras consigue papeles más importantes.

En el camerino que comparte con Nicol, Susana retira el maquillaje de su cara frente al espejo. Luego desabrocha el vestido que ha utilizado durante la función y rebusca entre su ropa. El pañuelo de seda color mostaza que llevaba escondido bajo su corpiño parece haberse desplazado hasta la espalda. El imperdible con el que lo llevaba sujeto está abierto. Por suerte no se ha caído al suelo durante la representación. En cuanto lo encuentra, lo dobla meticulosamente para luego guardarlo en su mochila. Cuando acaba de cambiarse, cuelga cuidadosamente el traje que época que ha utilizado durante la representación.

Susana regresa a su casa cansada y deseando meterse en la cama. Como todas las noches, se obliga a dejar las cosas preparadas para el día siguiente. Prepara su ropa para el día siguiente y el uniforme de trabajo. La mochila está lista antes de caer desplomada sobre la cama.

El despertador que ha dejado sobre la cómoda suena como todas las mañanas cuando todavía faltan varias horas para el amanecer, obligándola a levantarse para apagarlo justo cuando escucha un sonido fuerte en la pared, que aparenta ser un zapato lanzado por su compañera de piso para que silencie el aparato. Susana debe levantarse temprano para cumplir con su turno a primera hora de la mañana en el concurrido café en el que trabaja preparando y sirviendo desayunos a los clientes más madrugadores o a aquellos que desean tomarse algo caliente antes de llegar a casa, después de una noche de juerga o trabajo. Posteriormente se dirigirá a la Academia a continuar su formación. El curso finalizará pronto y está decidida a aprovecharlo al máximo.

Susana empuja la puerta la Academia puntualmente y se dirige al pasillo que la llevará a su clase. Hoy es la primera en llegar. Después de colocar sus cosas sobre una silla cercana, empieza con sus ejercicios de calentamiento de voz. Al rato sus compañeros comienzan a entrar y aparece su profesora de técnica vocal.

En la última clase de la tarde, preparación escénica, los alumnos han estado ensayando la última obra que representarán y que será decisiva para su nota final. Al finalizar, el profesor se despide y se marcha, mientras los estudiantes recogen sus cosas.

—¿Sabes? ¡Me han comentado que ayer cantaste como una cacatúa! —Marguerite Dubois eleva la voz para que todos los alumnos que todavía están presentes en el aula, o sea, la mayoría, la escuchen con absoluta claridad. —Tienes suerte de haber representado un papel minúsculo en la obra, de esta forma no te dedicarán ni una sola línea en las críticas. Si hubieras representado un papel de mayor envergadura los críticos se hubieran fijado en ti y sería muy gracioso leer las opiniones de los entendidos en ópera: "La mezzosoprano Susana Suarez parecía cantar como una cacatúa"— Marguerite emite una sonora carcajada, riéndose de su propia ocurrencia.

—Estoy segura de que tú lo hubieras hecho infinitamente mejor. —Replica Susana sarcástica.

—No hay ninguna duda de que yo soy la mejor entre los presentes. Fui la primera estudiante seleccionada para realizar el curso este año, no lo olvidéis. Todos los componentes del jurado de admisión estuvieron de acuerdo a la hora de elegirme.

—Nos lo has repetido infinidad de veces. Eso, y que tu padre ha realizado desde hace varios años importantes donaciones a la academia. Sabes, deberías plantearte ser profesora, o mejor aún,

dirigir tu misma la academia, de esta forma podrías hacer un gran favor a la humanidad aportando todos tus conocimientos para disfrute y gozo de las futuras generaciones. —Comenta Susana mientras varios carraspeos mal disimulados suenan entre el resto de alumnos.

—Bueno, no lo había pensado, pero tampoco es algo que descarte en un futuro. —Marguerite, pensativa, se encamina hacia la puerta.

—¡Menuda bruja! Si algún día llega a ser directora de una academia será mejor que los alumnos se busquen otro lugar donde aprender. ¡Ni siquiera se sabe la escala musical! —Adam se acerca para hablar con Susana. Parece realmente enfadado. —Tendrá que pedirle a su padre que le construya una academia de música para ella sola y que pague a los alumnos por asistir. Creo que sería la única forma en la que podría hacer ver que enseña a alguien.

El resto de sus compañeros van saliendo del aula. El último, Adam, se ofrece a acompañar a Susana hasta su piso, pero ella declina, ya que prefiere quedarse un rato más en la academia, ensayando. Algunas de las técnicas que han aprendido durante los días en los que ha estado trabajando en la ópera no las ha practicado lo suficiente y aprovecha cualquier rato libre del que dispone para practicar.

Al cabo de una hora, más por cansancio que por estar satisfecha con sus prácticas, decide dar por finalizados los ensayos de hoy y recoger sus cosas. Luego sale al pasillo con intención de regresar a casa a descansar.

—¡Señorita Suárez! Me gustaría hablar con usted un momento. —El director suplente de la Academia, Alessandro Marzanini, la mira desde el primer peldaño de las escaleras por las que se accede al piso superior. Como siempre, viste de forma impecable. Hoy lleva un traje de Armani color azul oscuro y pajarita de un tono azul más claro.

—Sí, por supuesto. —Responde Susana sorprendida. Alessandro Marzanini no se caracteriza por marcharse de los últimos, más bien al contrario, la mayor parte de los días ni siquiera aparece por la academia.

—Acompáñeme, por favor. Conversaremos en mi despacho.

Alessandro Marzanini precede a Susana de camino a su despacho. La cadencia de sus pasos resuena sobre los elegantes escalones de mármol blanco que conectan las distintas alturas del edificio. En la segunda planta se sitúan los despachos de los profesores y el director. Los pasillos de la academia están prácticamente vacíos a esta hora.

Al fondo del corredor, una inscripción con su nombre y su cargo en letras doradas sobre fondo negro preside la puerta del despacho de Marzanini. A esta hora, su secretaria ya ha finalizado su jornada laboral y no se encuentra en el despacho.

—Susana, pasa por favor. —Comenta Marzanini abriendo la puerta y sujetándola para que Susana entre. —¿Puedo tutearte? A estas alturas del curso casi parece que conozco a mis alumnos de toda la vida.

Susana asiente y Marzanini cierra la puerta y le indica que se siente en una de las dos sillas situadas frente a la mesa de su despacho, mientras él se acomoda en su silla. Marzanini estudia con la mirada a Susana durante unos segundos que a ella se le hacen eternos, y, cuando Susana se dispone a tomar la palabra, Marzanini inicia la conversación.

—El pasado fin de semana asistí como invitado a la última representación de Rigoletto en la que participabas. Debo reconocer que estoy gratamente sorprendido por tu gran calidad vocal y tu presencia sobre el escenario. Proponerte para el papel de Giovanna ha sido un auténtico acierto. —Marzanini se recuesta en su sillón de oficina, tapizado en cuero blanco. Luego se inclina hacia adelante sobre el escritorio de madera estilo Luis XV, apoya las manos sobre él y se levanta para

rodear lentamente la mesa de su despacho. —Creo que tienes un futuro prometedor en el mundo de la ópera. De hecho, ha surgido una vacante en Falstaff que se representará dentro de unas semanas. He decidido proponerte como candidata para realizar las audiciones. Llevarás mi carta de recomendación.

—Muchas gracias. Es un auténtico cumplido.

—Además, te voy a dar un consejo que te ayudará mucho en tu carrera. En este sector, al igual que en el resto, es importante rodearse de la gente adecuada. —Marzanini se sitúa detrás de la silla en la que se sienta Susana, que se gira, incómoda, para poder verle. —Teniendo en cuenta esa sola premisa podrás ascender de forma fulgurante. Por supuesto, esto puede suponer tener que realizar una serie de... ¿cómo llamarlo?... tareas adicionales.

—No me asusta el trabajo. Sé que para estar entre los mejores es necesario trabajar adecuadamente la voz y realizar multitud de ensayos. Eso supone muchas horas de esfuerzo que estoy dispuesta a realizar.

—Me alegro de que no te asuste el trabajo. —Marzanini, se acerca más a la silla en la que se sienta Susana, posa una de sus manos sobre su hombro y luego introduce la otra mano dentro del escote de su blusa hasta tocar sus pechos, que manosea sin pudor.

Susana, al principio, se queda en shock, sin creer lo que le está sucediendo. De repente se levanta de la silla provocando que Marzanini deba retirar su mano atropelladamente. Uno de los botones superiores de la blusa blanca que lleva puesta salta debido al súbito movimiento.

Susana se gira hacia Marzanini y le propina un sonoro bofetón.

—Creo que se equivoca usted en cuanto a los trabajos que estoy dispuesta a realizar. No voy a dejarme manosear por cualquiera para conseguir un mísero papel en una ópera.

Luego sale al pasillo con paso apurado, baja las escaleras apresuradamente y corre en dirección al piso compartido en el que reside.



—Querida, ¿de qué querías hablar? Parecías preocupada cuando me llamaste. —Nicole, remueve el café con leche que el camarero acaba de dejar sobre la mesa que Susana ha escogido, situada en un discreto rincón de un pequeño café cercano al Palacio de la Ópera.

—No sé por dónde empezar... Llevo un par de días dándole muchas vueltas... —Susana inspira profundamente intentando calmarse y buscar el valor necesario para continuar. —Verás, me ha surgido un problema y realmente no sé con quien hablar de este tema... Me gustaría conocer tu opinión. —Susana observa a Nicole, que la mira intrigada. Luego aparta a un lado la manzanilla que ella ha pedido y se sincera. —Hace un par de días hablé con Marzanini. ¿Le conoces? Es el director suplente de la Academia.

—Sí, he oído hablar de él. —contesta Nicole después de fijar su mirada en Susana durante unos instantes.

—Bien. —Susana inspira antes de proseguir. —Me dijo que iba a proponerme para un papel en la ópera Falstaff.

—¡Pero eso es estupendo querida! No sé a qué viene esa cara de funeral. Deberías estar dando botes de alegría. ¿Cuál es el problema? —Pregunta Nicole al ver que sus palabras de júbilo parecen aumentar la angustia de Susana.

—El problema es que mientras estaba en su despacho me comentó que a cambio debería realizar una serie de trabajos adicionales.

—¿Qué tipo de trabajos? —Pregunta Nicole.

—Entiendo que son favores sexuales. Me tocó el pecho mientras estaba en su despacho.

—¿Estás segura? ¿Podría haber sido un roce casual y lo malinterpretaste?

—No. Imposible. —Responde Susana tajante. —Él estaba de pie detrás de mi silla y metió su mano a través de mi escote hasta tocar mis pechos.

La taza de café con leche que Nicole había levantado para beber se para bruscamente a mitad del camino hacia sus labios.

—Vaya. Eso sí que es un problema. —Nicole vuelve a dejar la taza de café sobre la mesa. —Supongo que ya sabes quién es el tío de Marzanini, ¿verdad?

—Sí, he oído hablar de él. Un magnate en el mundo de la ópera.

—Rigoberto Scandiallo, no es sólo un magnate en el mundo de la ópera. Es la ópera en sí misma. El mueve los hilos detrás de las mejores representaciones que tienen lugar en Europa. Pone el dinero y recoge su parte de beneficios. Normalmente no se inmiscuye en ciertos aspectos como el trabajo del día a día o los cantantes que deben interpretar el repertorio. Aunque en ciertas ocasiones ejerce su poder para imponer a una persona en un puesto de trabajo determinado o vetar a alguien de las obras que él produce. Marzanini, su sobrino, ha ascendido de forma fulgurante gracias a su parentesco con Scandiallo. Es el hijo de su única hermana y le ha criado como si fuese su propio hijo.

—Entiendo.

—Es un problema importante, tanto si le denuncias y haces público el incidente como si no. El inconveniente añadido es que no tienes pruebas. Es su palabra contra la tuya. —Nicole hace una pausa. Luego añade. —No me gustaría estar en tu lugar.

—¿Te ha pasado alguna vez algo parecido?

—La verdad es que no. Supongo que en ese sentido he tenido suerte. Aunque sí que es cierto que he oído hablar de casos así.

—¿Y qué pasó?

—Bueno... Todo depende del poder del individuo con el que te tropiezas y su forma de encajar los rechazos. A veces tienen poder para influir de forma decisiva sobre tu carrera profesional, como sucede en este caso. Hay personas que acceden a este tipo de propuestas y hay quien se niega rotundamente a realizarlas. Normalmente las primeras suelen encadenar algunos contratos buenos hasta que su protector se cansa de la chica en cuestión y encuentra una nueva a la que dedicar sus atenciones.

—¿Y las segundas?

Nicole baja su mirada hasta dejarla reposar sobre la taza de café y expira visiblemente. Luego levanta de nuevo la mirada hacia Susana.

—Las segundas, si tienen suerte pueden aspirar a ser elegidas para algún papel secundario de vez en cuando. Si tienen menos suerte y desean continuar en el mundo de la ópera, lo más probable es que deban hacerlo ejerciendo como profesoras de canto en una ciudad pequeña y representando óperas de forma no profesional en compañías de aficionados. Las puertas de los escenarios más importantes se les cerrarán por completo. Hay que tener en cuenta que este es un mundillo muy pequeño. Todo el mundo se conoce. Si recibes el veto de alguien poderoso puedes pasar a convertirte en una apestada con la que nadie quiere verse asociado por temor a sufrir represalias sobre su propio trabajo. Lo más probable es no volver a ser contratada en el sector o al menos pasar unos años de sequía profesional, con lo perjudicial que eso es para la carrera.

—Mi futuro es negro entonces. Te aseguro que no sé qué hacer. —confiesa una Susana

desmoralizada apoyando los codos sobre la mesa y escondiendo su cara entre sus manos. Cuando la vuelve a levantar, a los pocos segundos, sus ojos están visiblemente húmedos. —Lo único que sé es que no quiero que ese hombre vuelva a ponerme una mano encima. Su sola presencia me pone enferma.

Capítulo 2

Susana recoge sus cosas para volver a casa. La noche anterior, justo después de regresar de la fiesta de celebración del fin de curso de la Academia, encendió su ordenador para reservar un billete en el primer vuelo con dirección a Santiago de Compostela que pudo encontrar.

Vacía uno por uno cada cajón de la cómoda que hasta ahora almacenaba su indumentaria. Las dos grandes maletas que tiene frente a ella se llenan de forma desordenada, sin importar las arrugas que adornarán su ropa en cuanto llegue a casa y deshaga la maleta. Mientras tanto, su mente vuela hacia las vivencias de la noche anterior.

Los nervios iniciales. Susana se preparó a conciencia. Cita obligada en la peluquería y vestido de gala. Sabía que a la fiesta acudirían los alumnos y profesores de la academia. También que asistirían algunos cantantes de ópera en activo que suelen ser invitados año tras año, pero no pensó que cantantes de la talla del tenor Luciano Paros o la soprano Marionna Callaghan, fuesen a acudir al evento. Sin embargo, allí estaba buena parte de lo que se podría llamar élite de la ópera.

Marzanini, entrando por la puerta acompañado de Marguerite Dubois, la misma que ha intentado poner la zancadilla durante todo el curso a quien consideraba que podía hacerle sombra. Susana la descubrió en la primera obra que ensayaron juntas intentando cambiarle la partitura que debía aprenderse. Posteriormente, varias de sus compañeras de curso perdieron la voz de forma misteriosa justo cuando debían presentarse a alguna prueba en la que Marguerite también parecía interesada. Otra sufrió una aparatosa caída en la que se rompió un brazo y la apartó del curso durante varias semanas. Susana no podía probar nada, pero no le cabía ninguna duda de que ella estaba detrás de buena parte de estas incidencias, ya que normalmente Marguerite acababa beneficiándose de la desgracia ajena de una forma u otra.

Susana cierra la puerta del piso compartido en el que vivía intentando escapar de la sensación de ahogo que experimentó cuando Marzanini la acorraló en el jardín. Con intención de relajarse durante el evento, salió a dar un paseo y observar el precioso parterre que forma parte de los jardines del castillo en el que se celebró la fiesta. En un momento de descuido, Marzanini surgió de entre las sombras y la empujó con fuerza contra una de las columnas que bordea el parterre mientras tapaba su boca con una de sus manos y utilizaba la otra y el resto de su cuerpo para ejercer presión sobre ella, impidiéndole moverse. Le resultará difícil olvidar el fétido aliento del director suplente de la academia sobre su cara y la mirada de odio que desprendían sus pequeños ojos mientras la amenazaba entre susurros con denunciarla por acoso si se atrevía a comentarle a alguien lo sucedido en su despacho, asegurando que Marguerite Dubois testificaría que la había visto insinuársele repetidamente y colarse en su despacho en más de una ocasión. Su sentencia final fue cuando Marzanini le aseguró que movería todos los hilos posibles para que nadie la contratase como cantante de ópera en la capital francesa o cualquier otra de las principales capitales europeas.

La sensación de que no hay nada por lo que merezca la pena quedarse en París crece en Susana a pasos gigantescos. El papel de Falstaff, tal y como anunció Marzanini durante el discurso de fin de curso, será cubierto por Marguerite Dubois. El director suplente la describió después de este anuncio como emperatriz de la ópera y cantante revelación de la temporada pese a los remarcables errores que ha cometido durante todo el curso y especialmente en el último ejercicio,

decisivo para la nota final en el que los alumnos debieron representar una ópera seleccionada por los profesores. La elegida fue Carmen de Bizet. El conjunto de estudiantes debían organizar por sí mismos el reparto de papeles y la ejecución de los ensayos. Marguerite exigió interpretar uno de los personajes principales y dificultó en todo cuanto le fue posible el normal discurso de los ensayos y la representación. A pesar de su mediocre ejecución en este papel y en muchos otros ejercicios, Marguerite recibió una de las mejores notas finales, algo inexplicable para el conjunto de alumnos y para algunos de los profesores.

Marguerite, ajena a los comentarios de incredulidad que circulaban entre el resto de alumnos, paseó durante toda la fiesta colgada del brazo de Marzanini, sonriendo con exageración mientras él le presentaba a lo más granado del mundo de la ópera.

"Susana, recuerda que a veces en nuestro camino aparecen piedras. Pueden ser de muchos tipos. Algunas son grandes. Otras veces son más pequeñas. También pueden ser anchas, altas, blandas o más duras y de diferentes colores. Todas ellas parecen aterradoras e insalvables a primera vista. Tienes que buscar la mejor forma de sortearlas. Existen infinidad de maneras de conseguirlo: saltando por encima, rompiéndolas, cambiando de dirección o rodeándolas. Lo que nunca debes hacer es pararte frente a ellas y pasarte el resto de la vida lamentándote porque has tenido la mala suerte de que haya aparecido en tu camino. Busca la forma de vencerla y superarla. Y sobre todo, recuerda que no todos los caminos pasan por París." La conversación mantenida con Nicole justo antes de marcharse de la fiesta resuena en su cabeza mientras espera en el aeropuerto a que se abra la puerta de embarque que la llevará de nuevo a su Santiago de Compostela natal.

Esa noche, ya de vuelta en casa, Susana apenas es capaz de conciliar el sueño. Un par de veces se despierta nerviosa creyendo que estar de nuevo en el despacho de Marzanini mientras la amenaza e intenta abusar de ella.

A las cinco y media de la mañana decide que seguir dando vueltas en la cama es inútil. Hoy no va a conseguir dormir: Así que, se levanta, buscando alguna forma en la que distraerse. Primero intenta leer un libro. Más de una hora tiene entre sus manos el último romance comprado mientras intentaba entretenerse en el aeropuerto esperando a que llegase la hora de embarcar. Apenas consigue pasar la primera página ya que su mente, en lugar de concentrarse en el texto, sigue volando a París y a sus últimas vivencias.

La mañana la pasa tratando de ordenar y limpiar el pequeño apartamento en el que creció y que ella utiliza desde que sus padres decidieron restaurar la casa del pueblo y trasladarse a vivir allí de forma permanente. A mediodía intenta forzarse a comer algo a pesar de no tener apetito, pero la comida parece no sentarle bien. Su estómago parece revelarse con cada bocado que traga.

Al llegar la tarde decide que no puede más. No ha comunicado a nadie que ya está de vuelta y no puede esconderse en su vivienda indefinidamente. Buscando un lugar en el que poder desconectar, recuerda el refugio de animales en el que solía colaborar junto a sus amigos y todos los momentos felices que había vivido allí. Al momento, decide que ordenar la ropa y limpiar la casa son tareas que pueden esperar. Se cambia, escogiendo ropa y calzado cómodos con intención de dirigirse al refugio.

El primer día que lo visitó le pareció un lugar bucólico y esa sensación fue creciendo y asentándose con el tiempo. Campos verdes sobre los que pastan apaciblemente los diversos animales acogidos en las instalaciones, rodeados por un bosque a través del que discurren varios riachuelos. El entorno, la sensación de estar haciendo algo útil y el ejercicio vigoroso que suponen algunas de las tareas que es necesario realizar para el cuidado y bienestar de los animales siempre han supuesto para ella alicientes que la invitan a regresar. Habrá quien intente

combatir el estrés y los malos momentos escapándose a meditar al Tíbet. Susana siempre ha preferido el contacto con los animales del refugio y la sensación de tranquilidad que se respira allí. Es su Tíbet particular, su lugar de retiro espiritual.

Encuentra el portalón de la entrada abierto. A esta hora debería haber un voluntario realizando labores, aunque es habitual que una o dos personas más se acerquen al lugar sin avisar para echar una mano cuando tienen un rato libre.

Fran, el veterinario impulsor del refugio para animales, vive a una centena de metros de la zona en el que se ubica el refugio, aunque hoy no parece estar en casa. Susana no ve su coche al pasar delante de su vivienda. Tampoco está frente a la entrada del refugio, donde suele aparcarlo cuando necesita traer materiales o suministros para los animales.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —Susana camina entre los edificios que componen el refugio mientras intenta localizar al voluntario encargado del turno de tarde.

—Sí sí... Ya salgo... Un momento... —Susana se gira y se dirige hacia la zona de la que parece provenir la voz. Los corrales. No puede evitar la risa en cuanto ve salir a una mujer de la caseta. Grandes mechones de pelo negro se escapan del moño en el que están sujetos dando la apariencia de una maraña peluda revuelta y cubierta de plumas. Entre sus brazos lleva una gallina de plumas blancas con un enorme penacho en la cabeza. —¿Susana? —Comenta Estrella sorprendida cuando consigue salir a través de la angosta puerta del gallinero, antes de lanzarse a darle un caluroso abrazo. —No esperaba verte por aquí tan pronto. Te hacía de gira por Europa.

—Bueno... Creo que la gira va a tener que esperar... Por cierto, ¿te has peleado con todo el gallinero? —Sonríe Susana mirándola de arriba abajo.

—¿Por qué? Son unos animales muy dóciles. Bueno, salvo un par de gallos que no hacen más que enfrentarse para conseguir ser el macho dominante. Hemos tenido que separarlos. —Estrella muestra al espécimen que lleva entre sus brazos mientras sopla una pequeña pluma que cuelga delante de su cara. —Te presento a Dorotea. —Comenta extendiendo la gallina que lleva entre sus manos hacia ella para que la sujete mientras cierra la puerta del corral.

—Creo que con todas las plumas que llevas encima podrías rellenar un edredón. —Bromea Susana.

—Hoy me ha tocado limpiar el corral donde se acomodan los jovencuelos. Les encanta volar y van soltando plumas por doquier.

—Vaya, el tamaño del recinto es ahora mucho más grande. —Dice Susana mientras observa la nueva construcción.

—Cierto, se ha ampliado bastante. Su tamaño es ahora más del doble del que había anteriormente. Algunas de las salas todavía no están terminadas. Ha sido necesario incrementar las dimensiones de forma urgente. Hemos tenido avalancha de residentes.

—¿Y eso?

—La policía confiscó más de dos centenares de animales a una persona cuyo hobby era coleccionar animales exóticos. Una buena parte de ellos los mantenía en condiciones bastante precarias. Parecía tener predilección por los animales con plumas, en especial por las gallinas. Ahora, tenemos todo tipo de gallinas, a cual más exótica. Por ejemplo, esa que llevas entre tus brazos es una gallina enana de padua. —Estrella cierra el recinto y rodea la zona de corrales hasta llegar a la última estancia. La abre y deposita a Dorotea dentro. —De todas formas una buena parte de ellas pronto cambiarán de residencia. ¡Me las voy a quedar! —Anuncia entusiasmada.

—Pero, ¿no son muchas?

—Estoy segura de que dentro de poco me las sacarán de las manos. —Comenta Estrella dirigiéndose a otra de las puertas y sacando a una de las gallinas. —Mira, esta se llama Blanca. —La gallina mira a Susana tranquilamente mientras Estrella la lleva en brazos.

—¿Qué le ha pasado en las plumas? Parecen erizadas, como si estuviese asustada o preparándose para una pelea, sin embargo se la ve tranquila.

—No, no. Son así. Es una gallina enana rizada. Tiene las plumas rizadas. Esta en concreto ya ha ganado varios premios. Es necesario seguir una rutina de cuidados muy estricta para conservar en perfecto estado las plumas. Este domingo nos presentamos a una competición por lo que tienen que estar especialmente bellas. Fíjate, son perfectas como animales de compañía. Ya nos han pedido varias. ¿Me echas una mano? Hoy le toca baño a varias. Por cierto, ¿no tendrás libre el domingo por casualidad? Necesito a alguien que me ayude por la mañana a preparar a mis polluelos para la competición.

—Pues la verdad es que tengo la agenda completamente libre. ¿Por qué no? Iré contigo.

Susana la acompaña hasta un cobertizo donde Estrella llena un barreño con agua tibia. Luego introduce a Blanca con delicadeza en el agua y enjuaga sus plumas con un jabón suave. La gallina parece estar acostumbrada a los cuidados prodigados por Estrella ya que no protesta ni patatea, al contrario, parece disfrutar del delicado masaje que está recibiendo. Susana, siguiendo las indicaciones de Estrella, procede a dar un baño a otro de los ejemplares. Luego, cepilla sus patas cuidadosamente con un cepillo de dientes con cerdas suaves. Por último, un toque de secador sirve para retirar la humedad excesiva de sus plumas. ¡Y ya están listas!

Después de ayudar en el acicalado de las gallinas, mientras Estrella se ducha, Susana se dirige a una de las fincas de los alrededores. Detrás de las vallas de madera, un par de caballos campan a sus anchas. Su aspecto refleja la renovada buena salud de la que gozan. Uno de ellos todavía conserva una ligera cojera provocada por la cadena con la que era amarrado continuamente antes de que fuesen trasladados al refugio, completamente famélicos y llenos de llagas. Cuando llegaron, Susana se acercaba casi todos los días para cuidar de ellos. A pesar de los meses transcurridos desde la última vez que los vio, ambos caballos parecen reconocerla y se acercan. Susana les acaricia el hocico, les susurra palabras cariñosas y les ofrece un par de terrones de azúcar que comen con avidez.

Al cabo de un rato, Estrella se acerca con un botellín de cerveza en cada mano.

—Tienes que probar esta cerveza. Es artesana, la fábrica uno de los chicos de la banda. — Estrella ofrece uno de los botellines a Susana, que lo sujeta y le da un pequeño sorbo.

—¿Quién? No me imagino a Nacho fabricando cerveza. Es alérgico a la cebada.

—No sé si le conoces. Es Andrés, el nuevo batería.

—Vaya, ¿han cambiado los componentes? He estado tan centrada en mis cosas que ni me había enterado.

—Esta noche hay un concierto. ¿Por qué no vas? Así conocerás a los nuevos integrantes. Son Andrés y Anna, la nueva cantante.

—¿Por qué no? ¿A qué hora empieza?— Susana toma otro sorbo de cerveza. Pequeñas burbujas se deshacen en su paladar dejando un sabor amargo y dulce a la vez con un ligero toque especiado.

—Me ha parecido escuchar a Tomás decir que tocarán a las once en el local de Tony.

—Perfecto, asistiré. ¿Tu no vas? Tienes alma roquera. —Pregunta Susana.

—Este fin de semana tengo al churumbel en casa. En cuanto crezca un poco me lo llevaré conmigo para que vaya conociendo la mejor música. Mi hija pasará a buscarlo el lunes.

—¿Cuántos meses tiene? Recuerdo que le vi poco antes de irme a Francia. Era pequeñito, tendría semanas.

—Ya está hecho todo un chavalote de diecinueve meses. Creo que va a ser corredor de maratones. En cuanto nos descuidamos echa a correr. —A Estrella se le cae la baba hablando de su nieto. —He descubierto que es una buena forma de hacer ejercicio. No había corrido tanto desde que era pequeña y mi hermano se empeñaba en hacer carreras conmigo. Creo que Hugo se parece a él. Mira que corría el condenado. ¡Me ganaba siempre!

Al finalizar la tarde, Susana vuelve a casa a cambiarse. Escoge unos pantalones negros y una camiseta del mismo color. Luego se aplica un poco de maquillaje con el que consigue un toque gótico. La temperatura exterior invita a dar un paseo, así que decide dirigirse al local andando.

—¡Susana! ¡Pero qué sorpresa! —Zaida corre hacia Susana en cuanto la ve acercarse por la acera y la envuelve en un gran abrazo. —¿Por qué no me has avisado de que habías vuelto?

—La verdad es que no he tenido tiempo. Ha sido algo bastante apresurado. Lo he decidido a última hora y no he llamado a nadie.

—Tenemos que aprovechar el tiempo que estés por aquí. Seguro que tienes que marcharte enseguida. —Dice Zaida entusiasmada.

—No te preocupes. No voy a marcharme tan rápido. De momento mi prioridad es buscar de nuevo mi camino... y un trabajo para poder ir pagando las facturas.

—¿Cómo? ¡Nunca te había visto tan pesimista! No puedes seguir así. Estoy segura de que encontrarás algo enseguida.

El local de Tony está situado a las afueras de Santiago. Durante el día es una concurrida cafetería y por la noche se amplía y se transforma para hacer un hueco a los artistas locales sobre el pequeño escenario situado al fondo.

Capítulo 3

Tomás entra por la puerta del local de Tony cargando a la espalda la bolsa con su guitarra eléctrica. Saluda brevemente al camarero que se encuentra en ese momento detrás de la barra y se dirige al fondo del local. Allí, detrás de una pared plegable se esconde la sala en la que esta noche su banda dará un concierto.

—Tomás, ¿qué tal? Llegas temprano. —Tony, avisado por el camarero, sale a recibirle y abrir la puerta que comunica con la parte trasera del local. Esta zona amplía el área principal y se utiliza como sala de conciertos o para acoger eventos cuando la parte del local abierta habitualmente se queda pequeña.

—Sí, me gusta empezar pronto, así cuento con tiempo suficiente para poder revisarlo todo y dejarlo a punto.

—Vamos. Ven. Te indicaré donde están los controladores del equipo de sonido y las luces. —Comenta Tony mientras empuja la puerta incrustada en la pared plegable que divide en dos el local, para luego sujetarla con una mano a fin de que Tomás pueda cruzar. —Dejaré abierta la puerta trasera, así podréis descargar el resto del material con comodidad.

—Perfecto, los chicos llegarán de un momento a otro. —Comenta Tomás mientras Tony se aleja para continuar con sus quehaceres.

Tomás se queda sólo sobre el escenario. Abre la cremallera de la funda que contiene su guitarra y la saca para luego colocarla sobre un soporte.

Luego revisa el escenario. Aunque lo conoce bien, ya que no es la primera vez que toca en el local, mide la zona en la que se asentará la batería. Andrés, el nuevo batería, tiene su propio equipo y este es más grande que el anterior. El escenario, que se eleva unos cincuenta centímetros del suelo, no es demasiado grande. La batería casi ocupará una tercera parte aunque Andrés esté prácticamente pegado a la pared trasera.

Poco a poco el resto de integrantes de la formación van llegando. Todos echan una mano a la hora de acarrear y colocar los instrumentos musicales. Los componentes de la banda suben y bajan del escenario mientras verifican el sonido de sus instrumentos y charlan con varias personas.

Tomás pasa revista por última vez a todo el equipo. El sonido está ajustado y el material colocado y probado. Los integrantes de la banda ya están en sus sitios. Bueno, salvo Anna, que de nuevo llega más de dos horas tarde. Tomás introduce su mano en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero en el que guarda su teléfono móvil. Lo enciende y ojea la pantalla. Ni un sólo mensaje o llamada perdida. Busca su número e intenta llamarla. La respuesta es la misma que en las quince o veinte ocasiones anteriores: "el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura".

Tomás respira hondo, cierra los ojos e intenta calmarse. Debe buscar una solución. Las puertas plegables que dan acceso a la zona en la que se encuentra el escenario están abiertas desde hace un buen rato y el local está prácticamente lleno. El concierto tendría que haber comenzado hace más de media hora. Al fin, decide que ya no se puede esperar más. Hoy será él quien ponga voz a las canciones a la vez que toca la guitarra.

El grupo se prepara para comenzar. Tomás da un largo trago a su botellín de agua y lo deja en la parte de atrás del escenario. Luego recoge su guitarra y pasa la correa sobre su hombro mientras se dirige hacia el trípode que sostiene el micrófono en el centro del escenario. Unos acordes de guitarra eléctrica suenan a través de los altavoces, los demás componentes del grupo

se unen a la melodía y la voz de Tomás inunda el local.

La luz cegadora de los focos ilumina completamente el escenario impidiendo a Tomás ver con claridad al público que se ha acercado a verlos al local. Sabe que la mayor parte son amigos y conocidos de los componentes de la banda.

Al comienzo de la segunda canción, Tomás se da cuenta de que alguien sube al escenario y se le acerca. Se gira y observa a Anna, dirigirse al centro del escenario con un micrófono en la mano. Anna comienza a cantar las primeras letras de la canción, pero sus palabras suenan apagadas y no se escuchan a través de los altavoces. El micrófono que tiene entre sus manos está apagado y ella parece no darse cuenta. Tomás intenta hacerle una seña sutil para que utilice el micrófono que él venía usando hasta ahora, pero Anna simplemente sonríe y continúa cantando con su micrófono apagado.

Tomás, después de unos segundos de duda e incredulidad, decide aprovechar un momento de la canción en el que el principal instrumento que se escucha es el bajo para sacar el micrófono que él estaba utilizando del pie que lo sostiene. Se acerca para ofrecérselo a Anna y comentarle discretamente que su micrófono no tiene sonido. Ella le mira de reojo cuando se aproxima y continúa cantando con su micrófono apagado como si nada. Tomás ya no sabe qué hacer. Se le han acabado las opciones discretas por lo que decide interrumpir el concierto.

—Disculpadnos. —Comenta Tomás al micrófono, haciendo una seña a sus músicos para que no continúen la canción. Anna se gira hacia él y lo mira confusa. —Tenemos un pequeño problema de sonido. Aprovecho para presentaros a nuestra cantante: Anna. Un aplauso por favor. —Un pequeño coro de aplausos suena en el local mientras Tomás la señala y aplaude. —Vamos a cambiar el micrófono de Anna porque parece no funcionar correctamente.

Ahora sí. Anna se da por aludida e intercambia su micrófono por el de Tomás.

Tomás se gira y hace una seña a sus compañeros, que comienzan a tocar la canción desde el inicio. La voz de Anna ya se escucha claramente a través de los altavoces. Tomás la observa. A veces parece arrastrar las palabras y no vocalizar bien. Sus movimientos son más torpes que de costumbre y un par de veces tropieza con los cables y está a punto de caerse.

Tomás respira aliviado en cuanto finaliza el concierto. Por suerte no hubo más contratiempos musicales que los habituales. Algunas notas cambiadas, aunque nada grave. Sin embargo, Anna le ha mantenido en tensión durante la hora larga que ha durado el espectáculo. De nuevo olvidándose las letras, cambiándolas, cantando a destiempo y, sobre todo, esa torpeza evidente y la mala pronunciación que hoy hacía prácticamente imposible entender las letras de las canciones. Es obvio que no se ha aprendido bien las letras a pesar de habérselo pedido reiteradamente. Además se nota que le falta ensayo con el grupo, ya que casi nunca acude y eso se percibe en los conciertos.

Tomás recoge la botella de agua que ha dejado en el suelo y toma un largo trago.

—¡Hola mosquetero! —Escucha cuando alguien se pega a su espalda mientras unos brazos le rodean desde atrás acariciando sensualmente su torso. —¿Qué te ha parecido mi actuación? He estado magnífica, ¿verdad? —Tomás suspira e intenta desembarazarse de esas manos intrusas que exploran todo su cuerpo.

—¿Qué te has tomado? —pregunta irritado al darse la vuelta.

—Ohh... ¿Te has dado cuenta? Ha sido una copita de nada antes de venir. Cuando la tomo me siento libre, fresca.... Me desenvuelvo mucho mejor sobre el escenario. ¿No te has fijado? ¡Hoy he cantado genial! —Comenta arrastrando las palabras de una forma inusual.

—¿Sólo una copa? —Pregunta Tomás incrédulo. Luego inspira tratando de calmarse. —Anna

hablaremos de eso luego. Creo que necesitas dormir un rato.

—¿Dormir? ¡Pero si la noche acaba de empezar! Estoy mejor que nunca. ¿No lo ves? —Dice Anna girando sobre sí misma mientras levanta los brazos. Al finalizar la vuelta completa se tambalea y cuando parece estar a punto de caerse, Tomás la sujeta y la ayuda a sentarse en el borde del escenario.

—Anna tengo que buscar al dueño del local. Por favor, quédate por aquí. Luego te acompañaré a casa. Deberías descansar un rato.

—Espera... Tanta prisa tienes. ¡Yo quiero pasármelo bien! —Comenta levantándose apresuradamente e intentando sujetar torpemente las solapas de la cazadora de Tomás. —Además, creo que tendríamos que retomar lo nuestro. —Susurra melosa acercándose a Tomás y poniéndose de puntillas para intentar mordisquear el lóbulo de su oreja. —Nos lo pasábamos tan bien juntos. —Suspira entornando los ojos. —No es necesaria la exclusividad. Podríamos tener otros ligues si quisiéramos. Echo de menos las noches contigo. —Susurra poniendo cara tristonera y haciendo un puchero.

—Anna, ya hemos hablado de esto y la respuesta sigue siendo la misma. Nos lo hemos pasado bien pero también hemos sufrido mucho. Mantener una relación trabajando juntos no creo que sea lo más sensato. Recuerda que cada dos por tres estábamos enfadados y la tensión en los ensayos era insoportable, tanto para nosotros, como para el resto de los componentes del grupo. —Contesta Tomás intentando que Anna suelte su ropa.

—¡El resto del grupo me da igual! —Grita Anna visiblemente irritada. —Deberías pensar un poco más en ti y en lo que tú necesitas en vez de pensar en el grupo y su bienestar.

—Anna, creo que este no es el lugar adecuado para hablar de este tema. Lo discutiremos luego. —Tomás decide que es mejor dejar que Anna se calme. Hoy no se siente con fuerzas para afrontar una nueva discusión. Un diálogo en el que sólo habla ella para echarle en cara todos los agravios y humillaciones que en su opinión le ha infligido. A pesar de que esas mismas acciones hayan sido solicitadas por ella o que las haya alabado como buenas en algún otro momento anterior o posterior a esa discusión.

Tomás se abre camino a través del público. De vez en cuando se para a charlar con algún conocido. Al fin consigue llegar hasta la barra. Hace una señal al camarero, que asiente con la cabeza y se gira buscando los ingredientes con los que preparar la bebida habitual de Tomás. Necesita ingerir algún líquido. Su boca se siente seca y pastosa después del esfuerzo realizado al cantar intentando enmascarar la voz de Anna, para que no fuesen tan evidentes los fallos que estaba cometiendo. En cuanto tiene el vaso de tubo entre sus manos, lo acerca a los labios para tomar un largo y refrescante trago. Luego se gira para otear el local. Algunos de los asistentes se mueven al ritmo de la música pinchada por el DJ que ha tomado el relevo después de que finalizase el concierto. Otros charlan en pareja o en grupo intentando que su voz no quede apagada por el sonido de los altavoces.

Al fondo localiza a algunos de sus amigos. La cabeza de Vicente es fácilmente visible ya que sobresale por encima de todas las demás. Mientras se acerca, le observa agacharse sonriente para charlar animadamente con alguien del grupo que no consigue ver. En cuanto llega a su lado, palmea su espalda. Vicente se voltea ligeramente para verle y sonrío de forma pícaro.

—¡Tomás! ¡Mira a quién tenemos hoy aquí! —Tomás sigue la dirección que indica Vicente hasta toparse con unos preciosos ojos verdes enmarcados en unas enormes pestañas negras. Conoce esa mirada a la perfección. Se ha despertado muchas veces soñando con ella. Susana levanta la mano para saludar tímidamente mientras vocaliza un "Hola" que no se escucha debido

al sonido de la música dentro del local.

—Oye, el concierto ha estado genial. —Interrumpe Zaida alzando la voz.

—Sí, a mí también me ha gustado. La acústica es mucho mejor aquí que en el anterior local en el que tocasteis. Nada que ver. —Opina Vicente.

—Vale. Ya veo que no vais a decir nada acerca de Anna. ¿Se ha notado mucho? Tengo que saberlo. —Pregunta Tomás.

—Pues sí, yo la verdad sí me he dado cuenta. También me he percatado del momento en el que has bajado el sonido de su micrófono para que se escuchase más tu voz y no fuesen tan evidentes sus errores. Pero vamos, yo porque se algo de música y estaba atento. Seguramente mucha de la gente que está hoy aquí no se ha enterado. —Comenta Vicente, que ha sido compañero de estudios de Tomás en el conservatorio.

—Tendré que hablar con ella. No podemos continuar así. —Uno de los camareros aparece en ese momento reclamando la atención de Tomás, que se gira brevemente para hablar con él antes de volver de nuevo a dirigirse a sus amigos. —Perdonadme. El deber me llama. Tenemos que recoger los bártulos. Mañana toca concierto en Boiro.

Tomás se despide para ayudar a sus compañeros a recoger los equipos. Antes de marcharse busca a Anna con intención de acercarla hasta su casa y que pueda descansar, de lo contrario mañana no estará en condiciones de cantar. Después de dar varias vueltas al local sin encontrarla, sale hasta la puerta.

—¿No habrás visto salir a Anna? —Pregunta al portero.

—Sí, salió hace un rato con un tío. Se marcharon juntos en un taxi. —Comenta señalando con un brazo la dirección que tomaron.

Sin muchas esperanzas de que Anna haya seguido su consejo y se retire a dormir, Tomás decide irse a su casa a descansar.

Capítulo 4

—Ya está todo dentro de la furgoneta. ¿Crees que estarán cómodas ahí dentro? —Pregunta Susana mirando curiosa el cubículo en la parte trasera de la furgoneta que ha sido acondicionado por Estrella y su marido para trasladar a las gallinas.

—Están comodísimas. Temperatura controlada, un espacio amplio, comida, agua, cojines... Es como viajar en un hotel de 5 estrellas. Tienen todas las comodidades en el mismo recinto. De todas formas, haremos descansos cada veinte minutos para comprobar cómo se encuentran y descansar un rato. Si están incómodas o no se sienten bien se reflejará en su comportamiento y en su aspecto físico. Hoy tengo la intención de salir de la competición con algún premio, así que mis gallinas deben llegar en perfecto estado.

Estrella da un beso en la frente a su nieto y le coloca en la sillita situada en el asiento trasero del coche en el que las seguirá su marido. Luego, Estrella y Susana se suben a la furgoneta y ponen rumbo a Silleda, donde este año, durante la Feria de la Semana Verde, han decidido celebrar un concurso de belleza para gallinas que Estrella no quiere perderse.

—Gracias por acercarte a ayudarme a pesar de haberte avisado con tan poca antelación. Mi marido sólo podrá echarnos una mano mientras el churumbel se echa la siesta, y no te creas que duerme mucho. Cuando menos te lo esperas ya está berreando porque quiere levantarse o comer.

—No tenía nada mejor que hacer y además me apetece ver qué se cuece entre bambalinas en un concurso como este. No sabía ni que se celebraban.

Cuando llegan al recinto ferial, buscan la zona reservada para los propietarios de los animales que van a participar en el concurso y aparcan. Luego salen a dar un paseo por el recinto y se detienen un rato a examinar el lugar en el que se llevará a cabo la competición. Varios atriles en los que se exhibirán las aves están listos para la ocasión y una mesa larga parece preparada para acomodar a los jueces. Muchos de los participantes ya han llegado y los propietarios se afanan dando los últimos retoques a sus animales. El área está inundada de cacareos y cloqueos en lo que aparenta ser una interminable conversación entre gallíneas.

Hugo, el nieto de Estrella, está encantado con tantos bichos a su alrededor y va de un lugar a otro admirando a los animales mientras su abuelo le sigue a corta distancia. Luego deciden ir a dar un paseo por las instalaciones mientras Estela y Susana finalizan las tareas de acicalado de los pollos que se van a presentar al concurso.

Aplican unas gotas de aceite en las plumas y realizan un ligero masaje para extenderlo por todo el plumaje. Con ese truco lucirán brillantes e hidratadas y realzarán su belleza. Además el masaje las tranquilizará después del trayecto en coche. El problema es que este último ritual de belleza de las pitas requiere pasar unos veinte minutos con cada una de ellas para que lleguen perfectas al campeonato.

—Estrella, ya he acabado con la última. —Susana acaricia las blancas plumas del ejemplar de gallina sedosa que sostiene en su regazo. —Mírala, casi se queda dormida.

—Perfecto, ya están todas listas. ¡Fíjate! ¿No están preciosas? —Levanta la gallina que sostiene entre sus manos, que se revuelve inquieta por el movimiento, mientras sus plumas brillan bajo el sol de la mañana.

—Uy, ¡cómo se te cae la baba! —Comenta Susana.

—Son como mis bebés. Al pasar tanto tiempo junto a ellas acabas conociéndolas. Cada una

tiene su carácter y sus gustos. —Dice Estrella.

Mientras prestan atención al altavoz, devuelven a las gallinas a su recinto. Tendrán que esperar a les toque el turno. La exhibición ya ha comenzado. Los participantes entran y salen regularmente con los ejemplares que presentan al concurso entre sus brazos.

La voz metálica que suena a través del altavoz pronuncia el nombre de Estrella, alto y claro. Estrella se apresura y toma a uno de sus ejemplares. Un precioso gallo polaco crestado cuyas plumas blancas con los bordes negros llaman poderosamente la atención.

Susana observa a Estrella entrar al recinto de la competición y dejar a su gallo sobre uno de los atriles mientras los jueces juzgan su aspecto y comportamiento junto a los de los otros tres participantes. El animal, impasible al escrutinio de los jueces, se mantiene erguido sobre el atril, picoteando curioso de vez en cuando la madera sobre la que se sostiene.

—¡Hola! ¿Puedo echaros una mano?

—¡Tomás! —Susana se gira sorprendida al escuchar su voz. —¡No esperaba verte por aquí!

—Bueno, no era capaz de dormir, así que salí a dar una vuelta con el coche. Al final decidí venir a ver qué tal se portan las gallinas de Estrella.

—¿Qué tal el concierto de ayer? Por cierto, deberías dormir un poco más. —Dice Susana observando las bolsas grisáceas bajo los ojos de Tomás. Su melena, de color negro azabache, normalmente cuidada a perfección, hoy luce un poco desmarañada. —No tienes buen aspecto.

—Bueno... He tenido días mejores... o semanas mejores. —Suspira Tomás. —Es que llevo una racha... —Murmura cabizbajo.

—¡Únete al club! —Comenta Susana.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué te ha pasado? Pero si tú ya eres toda una celebridad de la ópera.

—¡Ojalá! Es un poco largo para explicarlo aquí, pero bueno, básicamente necesitaba desconectar. Este cambio de aires me viene genial.

—¿No irás a echar por la borda todo el sacrificio que has realizado durante todos estos años dedicados a estudiar canto? Ahora deberías estar presentándote a castings para papeles en óperas y no aquí, cuidando gallinas.

—No es tan fácil... Ha sido un año muy duro y complicado. Necesitaba cambiar el chip y decidir qué es lo que quiero hacer con mi vida a partir de ahora. Pero bueno, dejemos de hablar de mí. Vamos, cuéntame, ¿qué te ha pasado?

—Uff... Lo de siempre, creía que podía tocar el cielo con las manos y de repente me he visto revolcado en el barro.

—¿Cómo ha sucedido eso? Explícate.

—Hace un par de días nos llamaron para realizar una actuación en el Resurrection Fest.

—¡Pero eso es genial! —Aplaude Susana sin dejar que Tomás termine de hablar.

—Sí, bueno. Era genial. —Enfatiza Tomás. —La oportunidad surgió cuando uno de los grupos que iban a asistir al festival canceló su actuación la semana pasada. Han estado buscando un sustituto, pero a estas alturas las bandas ya tienen su agenda montada y es difícil que puedan hacer un hueco. Por suerte, uno de los organizadores asistió al concierto que dimos la semana pasada en un pequeño local de Pontevedra y nos llamaron para ver si podríamos cubrir ese espacio. La actuación sería en el escenario más pequeño, que está un poco apartado del meollo del Festival. La franja horaria tampoco es de las mejores, ya que es a primera hora de la tarde, cuando la gente está comiendo o durmiendo la siesta después de haber pasado la noche en vela. Pero vamos, para nosotros el mero hecho de tocar en el festival ya suponía un auténtico lujo y una gran oportunidad.

—Pero ¿por qué hablas en pasado? Vais a tocar en uno de los Festivales de música más

conocidos de la geografía nacional. Da igual la hora a la que actuéis. Este concierto puede ayudaros a despegar y dar un importante empujón a vuestra carrera.

—Sí, eso mismo pensaba yo hasta que ayer por la noche. Después de finalizar el concierto, al que por cierto no se presentó, Anna decidió que era el momento oportuno para enviarme un mensaje de WhatsApp comunicando que no volvería a cantar con nosotros. Luego me ha dicho que va a unirse a otra formación que también actuará en el Festival. Dice que ellos son más conocidos que nosotros y actuarán en una franja horaria mejor por lo que tendrá más oportunidades para sobresalir que con nuestro grupo. El apelativo exacto que nos dedicó fue "cutre banda de mierda" y bueno, algún otro que no vale la pena repetir.

—¡Menuda faena!

—Así que, aquí estoy, a dos semanas de la oportunidad de mi vida y sin cantante.

—Pero, ¿por qué no cantas tú? Lo haces a veces y tienes buena voz.

—Sí, podría hacerlo yo. Pero la mayoría de las canciones que he compuesto están pensadas para una voz femenina. En mi cabeza suenan con voz femenina. No me gustan tanto cuando las canto yo. Va a ser un desastre. —Tomás parece estar más pesimista que de costumbre.

Estrella regresa con su ejemplar de gallo polaco entre los brazos y una gran sonrisa en la boca.

—¡Creo que este premio lo tengo en el bote! ¡Mi Paco es un gran campeón! —Exclama entusiasmada dando un beso en la cabeza al pollo.

—¿Llamas Paco al pollo? —Pregunta Tomás extrañado.

—¡Pues claro! Este tiene el carácter de mi abuelo: fuerte y muy tozudo. Se llama Paco en su honor.

Estrella devuelve a Paco a su recinto y luego se dispone a sacar a la siguiente participante del concurso.

—Vamos pequeña. Ahora nos toca a nosotras. —Dice sujetando delicadamente a una gallina sedosa del Japón con plumas blancas como la nieve. Las caricias de Estrella hacen que el animal se calme y se acurruque en sus brazos. —Lo vas a hacer muy bien. —Susurra acercando su cabeza al pollo. —Veis, esta se llama Marilyn. Es suave y delicada pero tiene un carácter volcánico y muy nervioso. A veces se la ve tristonza, otras veces está enfadadísima y de vez en cuando es la alegría del gallinero. ¡Cuidadme a las demás! ¡Vuelvo enseguida! —Estrella gñía un ojo a sus amigos y se gira para encaminarse de nuevo hacia el recinto en el que se llevan a cabo las valoraciones.

Susana comprueba que Paco está cómodo de vuelta en su improvisado corral y luego vuelve su atención a su amigo.

—Tomás, supongo que cobraréis por la actuación en el festival, ¿verdad?

—Sí, bueno... No será mucho, pero sí, algo de dinero vamos a sacar. Además nos darán varios pases gratuitos para el fin de semana.

—Verás, la situación es esta. Yo ahora mismo estoy buscando trabajo y a ti te urge encontrar una cantante. Ya sé que no soy exactamente lo que necesitas. Tendría que ensayar bastante para ajustar el tono a las canciones que vais a interpretar pero serviría para salir del paso. Luego podrías dedicar tiempo a buscar a otra persona que se ajuste mejor a vuestro estilo musical.

—¿Bromeas? ¿Cantarías con nosotros? —Pregunta Tomás incrédulo.

—¡Pues claro! No tengo otra cosa mejor que hacer. Además, me ganaré un sueldo. Mi mejor opción hasta ahora era buscar trabajo como camarera, pero todavía no he conseguido nada. Si trabajo como cantante, al menos continuaré con los ensayos por si decido retomar la ópera.

—¡Guau!... ¡Es increíble! ... ¡Genial!... Tenemos que comenzar cuanto antes con los ensayos. —

Tomás parece nervioso. —Incluso podríamos hacer algunas modificaciones en las letras y la música para que en algunas partes sonase más operística.

—Parece que planeas convertirme en la nueva Tarja Turunen o Simone Simons. —Bromea Susana.

—Susana, con tu voz se me ocurren infinidad de posibilidades para mejorar las canciones. — Tomás pasea mientras habla, pensativo. Su cabeza parece estar ya centrada en arreglos musicales y nuevas letras. —Tengo que irme para comenzar a prepararlo todo. Nos vemos luego. —Tomás le guiña un ojo para luego alejarse con paso apurado.

Al finalizar la competición recogen todos los bártulos y acomodan a los animales de nuevo en la furgoneta. Estrella está eufórica. Paco ha conseguido el primer premio de su categoría y otras dos de sus gallinas han recibido sendas menciones de honor. Ya está pensando en el próximo concurso.

Capítulo 5

Susana mira de nuevo el mensaje con la dirección que le ha enviado Tomás. Pasa frente a un supermercado y gira a la derecha justo después de ver la señal que, con una gran T blanca sobre fondo azul, indica que la calle en la que acaba de entrar no tiene salida. Camina unos metros hasta que divisa el portalón del garaje. Pintado de negro y con un gran grafiti que prácticamente cubre toda la entrada es imposible equivocarse. El portalón de entrada del local en el que ensayan está cerrado. Susana mira alrededor en busca de un timbre o un llamador con el que poder anunciar su llegada a las personas que ya estén dentro, pero no encuentra nada que pueda ser usado para ese fin. Golpea la puerta con los nudillos, sin embargo el sonido que produce le parece tan apagado que duda de que se escuche dentro. Como última opción intenta abrir la pequeña puerta encastrada en el portalón. Baja la manilla y empuja la puerta, que se abre fácilmente hacia dentro.

—¡Hola! —Susana adelanta un pie dentro del garaje, manteniendo la puerta abierta para que entre un poco más de luz. —¿Hay alguien? —Al cabo de unos segundos sus ojos se acomodan a la escasa luminosidad que entra en el local a través de la puerta y una pequeña ventana situada al fondo.

El garaje no es muy grande. Las paredes están forradas de un tejido insonorizante colocado de forma más o menos rudimentaria. El mobiliario en el interior de la estancia es escaso. Un sofá que ha visto mejores tiempos está ubicado junto a una de las paredes. Frente a él se sitúan un par de taburetes y una mesa baja cubierta de papeles.

—¡Susana! Vaya, no estoy acostumbrado a tanta puntualidad. —Susana se gira sobresaltada al escuchar la voz de Tomás, que se acerca por el callejón cargando con un paquete de cervezas y varios botellines de agua. —Estaba en el super de ahí al lado. No te vi pasar.

—¿Te ayudo? —Pregunta Susana entrando por la puerta y sujetándola para que Tomás pueda pasar transportando la compra que acaba de realizar.

—Gracias, no es necesario. Dame un segundo. Quiero dejar las bebidas en la nevera. Los chicos siempre se quejan si no están frías. —Comenta dirigiéndose a una pequeña nevera negra visible al lado del sofá. —Los demás irán llegando poco a poco. No todos los días podemos reunirnos el grupo al completo, aunque creo que hoy será una excepción. Están todos ansiosos por conocerte.

Tomás enciende la luz y luego recoge varios papeles que reposan sobre la mesa para mostrárselos a Susana.

—¿Qué te parece? Me he pasado casi toda la noche retocando las partituras. Algunas las he rehecho prácticamente al completo. Estaba inspirado. Los chicos no van a estar muy contentos con tantos cambios. Tendremos que probar algunas de las modificaciones que he realizado para ver si encajan y ajustar de nuevo la versión final. Nos esperan unos días de mucho trabajo.

Susana sujeta los papeles que le tiende Tomás y echa un vistazo a las hojas que guiarán las melodías de las canciones. Diversas anotaciones en los bordes adornan las composiciones con distintas ideas y pruebas a realizar con el grupo.

La puerta se abre con fuerza y un chico alto y delgado, con una abundante cabellera rizada entra en el garaje. En sus brazos porta varias botellas de cerveza artesana.

—¡Andrés! —Tomás se levanta y, de una gran zancada, salta sobre la pequeña mesa para recibir al recién llegado. —Ven. Quiero presentarte a Susana.

—¡Vaya! Así que tu eres la nueva cantante de ópera que Tomás se ha agenciado para el grupo. —Comenta Andrés tendiéndole la mano primero para luego saludarla con dos besos. —¿De dónde la has sacado? No nos dijiste que era tan guapa. —Regaña Andrés en voz baja dirigiéndose a Tomás.

—Considérala fuera de tu alcance. —Tomás se acerca más a Andrés para susurrar su advertencia.

—Entendido. La quieres para ti, pillín. —Responde Andrés guiñándole un ojo de forma cómplice.

—Andrés.... —Avisa de nuevo Tomás en un susurro.

Los demás componentes del grupo llegan al cabo de un rato. Hechas las presentaciones de rigor, Tomás pasa a explicarles las modificaciones que ha planeado realizar en el repertorio. Tomás consigue vencer la inicial reticencia de sus compañeros a los cambios, ya que deben perfeccionarlos en las apenas dos semanas que faltan antes del festival, y convencerlos para aprovechar la capacidad vocal de Susana que repercutirá en un mejor desempeño para el grupo en su conjunto.

Al fin comienzan a tocar y realizar retoques en la música para conseguir la versión final. Susana se une con la letra probando distintas entonaciones y jugando con tonos operísticos.

Al finalizar, Susana se lleva una copia de las letras de las canciones en las que ha realizado anotaciones para practicar.

—¡Nos vemos mañana! Tengo clases por la tarde. ¡Sed buenos hasta que yo llegue! —Comenta Tomás despidiéndose.

—¿Ya le has dicho a tus alumnos que vas a actuar en el festival? —Pregunta Nacho.

—Todavía no. Les mostraré después el concierto en video. Alguno de los enanos me ha pedido que le enseñe los riffs de guitarra que toco. Un par de ellos han amagado con cambiar el estudio del piano por las clases de guitarra eléctrica sólo para aprenderlos.

—Quien diría que el melenudo profesor de piano clásico del conservatorio toca la guitarra en un grupo de metal. —Bromea Juan. —O más bien al revés, quién diría que el melenudo guitarrista de una banda de metal trabaja como profesor de piano clásico en el conservatorio. Tendremos que llevar a tus alumnos a uno de los conciertos para ir preparando la nueva hornada de metaleros. Podrías proponerlo como excursión didáctica en el próximo curso.

—El metal y la música clásica no están tan alejados como pudiera parecer en un principio. De hecho, el metal y todos sus derivados tienen influencias profundas del rock and roll, el blues y la música clásica. Unas bandas tienden a enfatizar más en una de esas patas que en las otras. Yo particularmente no me cierro a ninguna influencia musical. —Explica Tomás.

—¡Cuidado chicos! Dentro de nada nos hace tocar una muñeira. Id comprando la gaita. —Bromea Juan. —Por cierto Susana, ¿qué tal se te da el canto popular? —Pregunta Juan mientras introduce cuidadosamente su bajo en la gruesa bolsa que utiliza como funda.

Susana levanta la mirada de su libreta, donde estaba finalizando las anotaciones que le servirán de guía para practicar la última de las canciones que han estado ensayado, pero el comentario de Andrés se adelanta a su respuesta.

—Tío, no le des ideas. —Andrés acompaña su advertencia con un golpe en el bíceps de su compañero, para luego señalar a Tomás. —No ves que ya le están brillando los ojos. Seguro que le está dando vueltas a tu propuesta.

—Tengo que confesar que yo antes tocaba la gaita. —Apunta Nacho. —Luego tuve una época un poco oscura en la que dejé la música. Cuando la retomé de nuevo, me centré sólo en el piano,

aunque no me importaría tocar la gaita de nuevo. Tendré que practicar el movimiento de los dedos. —Comenta levantando los dedos para tocar una flauta imaginaria en el aire.

—¡Estupendo! ¡Ya tenemos adjudicado el papel de gaitero! —Señala Juan.

—La verdad es que ya había pensado en incorporar algunos ritmos ajenos al metal en su forma más pura. Creo que podrían surgir unas combinaciones muy interesantes. —Tomás parece pensativo.

—¡Genial! Dentro de nada a tocar la pandereta. —Ironiza Juan. —Me voy, no vaya a ser que se le ocurra alguna otra cosa más. —Se levanta del taburete, sujeta la correa de la funda de su bajo y la pasa sobre su hombro. Justo después de salir, vuelve a abrir la puerta y asoma la cabeza dentro. —Oye, si necesitamos una pandereta mi hermana tenía una por casa. Puedo pedírsela prestada.

—Mmmm... Pues estoy pensando que, aunque sea en una sola de las canciones del festival, podríamos incluir tanto la gaita como la pandereta. —Comenta Tomás todavía meditabundo.

—Vale. Se la pediré e iré practicando para estar preparado. —El comentario de Juan provoca risas en el resto del grupo.

Los demás recogen, se despiden y van saliendo.

—Susana, si me das un segundo para apagar todo y cerrar la puerta, te acompaño a casa. — Propone Tomás al ver que Susana se levanta para marcharse.

—Sí. Tengo que comenzar a ensayar de inmediato, de lo contrario no recordaré las letras y los tonos el día de la actuación. Ya estoy agobiada con todo lo que tengo que aprender. —Comenta introduciendo en su mochila las partituras y el cuaderno de apuntes. —Por suerte, el creador de la música vive en mi mismo edificio así que si tengo alguna duda no tendré más que subir el tramo de escaleras que nos separa para preguntarle. —Comenta con una sonrisa.

—Ten cuidado. No molestes a los vecinos. El otro día me echó la bronca la señora Engracia. Me dijo que había tenido la música altísima todo el día y no había podido dormir la siesta por mi culpa.

—Eres un desaprensivo. Pobre señora Engracia. —Bromea Susana. —Pero sería la primera vez que escucho algún ruido salir de tu piso. Vive justo en el piso contiguo al tuyo pero tienes la habitación de ensayos y el salón perfectamente insonorizados, no debería haber escuchado nada aunque pusieses la música a tope.

—¡Pero si yo no estuve en casa en todo el día! Después hablé con su hijo y me dijo que le revisaría el audífono porque a veces se le desajusta y escucha como interferencias. Seguramente es eso lo que ella confundió con la música proveniente de mi piso.

Al entrar en el ascensor Tomás pulsa el botón que marca el número dos y luego el que indica el número tres. El ascensor asciende suavemente y abre sus puertas en el segundo piso. Susana sale al pasillo. Se despide de Tomás con un "hasta luego". Las puertas se cierran de nuevo y el elevador continúa su camino hasta la tercera planta en la que vive Tomás. Susana se dirige a la puerta de su casa rebuscando dentro de su bolso las llaves de su vivienda. Las luces del rellano se apagan.

—Mierda, siempre tienen que esconderse en el fondo. —Murmura Susana, todavía con la mano dentro del bolso, tratando de encontrar esas llaves que a menudo juegan con ella al escondite dentro de su bolso.

—¿Susana?

—¡Qué susto me has dado! —Susana se gira sobresaltada mientras las luces vuelven a encenderse al detectar movimiento en la zona. —¿Siempre eres tan silencioso?

—Disculpa. No quería asustarte. —Tomás se acerca y extiende su mano. Cuando la abre,

Susana observa que contiene una pequeña llave plateada sujeta mediante una tira de cuero a un llavero con forma de guitarra. —Si lo deseas, puedes ensayar en el garaje. Allí no tendrás problemas con los ruidos.

—Vaya. Muchas gracias. Puedo asegurarte que las usaré. No creo que sea buena idea que me ponga a ensayar en casa. Seguro que la señora Engracia bajaría para darme un par de bastonazos.

—Susana recoge la llave que le tiende Tomás. Luego le observa dar un par de pasos hacia atrás mientras le dedica un pequeño gesto de adiós para posteriormente darse la vuelta y dirigirse hacia las escaleras que separan las dos plantas, que sube ágilmente a pares.

Las dos semanas previas al concierto pasan rapidísimo. Susana practica en casa o en el garaje todas las mañanas. Tres días a la semana reserva varias horas para acercarse al refugio y ayudar con las tareas de limpieza y cuidado de sus ocupantes. Los animales se convierten en sus oyentes improvisados cuando practica las letras y los tonos de las canciones. Por suerte, no hay vecinos en los alrededores por lo que ninguno protestará por el ruido y el resto de los voluntarios con los que ha coincidido agradecen su canto.

Luego, a primera hora de la tarde, se dirige al garaje para continuar con los ensayos. El resto de los componentes del grupo se unen poco a poco y aprovechan hasta bien entrada la noche para practicar.

Capítulo 6

—No cabe todo en el maletero del coche. Tendremos que llevar alguna de las piezas de la batería sobre las rodillas. —Anuncia Tomás comprobando la estabilidad del batiburrillo de instrumentos que acaba de apilar meticulosamente en el maletero de la pequeña furgoneta que ha conseguido prestada para la ocasión.

—¿Has ordenado bien? Déjame ver. Seguro que si organizas bien el espacio cabe todo dentro del maletero. —Juan, que acaba de llegar, se dirige hacia el portón trasero del vehículo con su bajo perfectamente guardado en la funda, para intentar ayudar con la organización del espacio. — ¡Pero si no cabe ni un alfiler! —Exclama levantando sus manos hasta la cabeza. —¡Pero cómo puede ocupar tanto el bombo! ¡Tendrían que fabricarlos hinchables! ¿No podemos llevarlo en la baca del coche? Si lo amarramos arriba con unas cuerdas nos quedaría mucho espacio libre.

—Ninguna pieza de mi batería va a ir sobre la furgoneta. ¡Ni lo sueñes! —Protesta Andrés con vehemencia.

—Mierda. Ha tenido que estropeárseme el coche en el peor momento. Aunque es pequeño, al menos iríamos un poco más holgados. —Comenta Nacho, que al llegar de los primeros, ha escogido el mejor lugar para colocar sus pianos dentro del maletero.

—Al menos hemos tenido la suerte de que nos prestaran la furgoneta para trasladar todo el equipo, de lo contrario necesitaríamos varios coches pequeños para poder mover el material. Nos saldría en una pasta y todavía no hemos cobrado. —Recuerda Tomás.

—A mí no me importa llevar el tom de la batería sobre las rodillas. —Comenta Susana al observar que lo que queda fuera es sólo uno de los toms y la caja que forman parte de la batería de Andrés. —Son un poco aparatosos pero muy ligeros. Si otra persona puede colocar la caja en el suelo o sobre sus piernas ya podríamos salir.

—Buena idea. Si os sentáis os iré pasando el material para que podáis acomodaros y colocarlo como mejor podáis. —Tomás intenta organizar la logística del traslado. —¿Recordáis dónde os tocaba sentaros? Venga, sin trampas, que esta vez me lo he apuntado después del sorteo de los asientos de coche que hicimos ayer.

—¿Y no podríamos enviar todos estos cacharros por mensajería? —Pregunta Juan señalando los instrumentos musicales que se apilan en el maletero, sin muchas ganas de colaborar.

—Sí, pero nos saldría por un ojo de la cara el envío y ya sabes que no tenemos ni un duro.

—Mi batería va siempre conmigo. No dejo que me la lleve nadie salvo que yo vaya en el mismo vehículo. —Matiza Andrés.

—Pues sí que eres quisquilloso. Yo no tengo ningún problema en dejar que mi bajo lo transporte otra persona.

—Yo no te llevo el bajo de ninguna manera y dudo mucho que haya alguien que se ofrezca a hacerlo. La última vez que te lo propuse casi me haces firmar un contrato con sangre. —Añade Andrés.

—Ehh..., no exageres. No fue para tanto. Sólo te pedí un seguro de responsabilidad civil o que te hicieras cargo de los daños si le pasaba algo. Por supuesto, firmar un contrato de transporte por escrito era imprescindible. ¿Y si después te echabas atrás?

—Es que tú le llamas daño a que una mota de polvo que se pose sobre el bajo. ¡Yo no pongo una mano sobre tu instrumento ni loco!

—Chicos, dejadlo ya. Cuando seamos ricos podremos alquilar un avión privado para ir a los conciertos y no tendremos problemas de espacio. Además encargaré una réplica de cada uno de vuestros instrumentos para que podáis destrozarlos a vuestro antojo.

—Nadie va a destrozar mi bajo, me da igual que sea la original o una copia. Le tengo demasiado cariño.

—Venga, entrad. Tenemos que salir ya o no llegaremos hoy. —Apura Tomás.

Los cinco componentes del grupo se acomodan dentro de la furgoneta haciendo sitio para los restos del material que no cabe en el maletero y para las mochilas.

—Nacho, ¿has hablado ya con tu primo? —Pregunta Tomás después de sentarse en el asiento del conductor, mirando a través del espejo interior a Nacho, que ocupa la parte central del asiento trasero.

—Sí. Ya están en el Festival. Tenían entradas reservadas desde hace varios meses. Me dijo que ayer han inspeccionado el lugar para ver los mejores puntos desde los que realizar la grabación. Nos estarán esperando junto al escenario. Además, un par de compañeros de clase van a ayudarle con la grabación.

—¡Esto pasará a los anales de la historia! ¡Nuestro primer concierto grabado y en el Resurrección Fest! —Exclama Andrés entusiasmado.

—No me lo creeré hasta que lo vea. —Murmura Juan desde el asiento del copiloto.

—Es que tu estado habitual es el de incredulidad. No creías que fuésemos a actuar en el festival y ya vamos camino de Viveiro. —Replica Andrés.

—Al menos nos quedará el video como recuerdo aunque no consigamos hacer despegar al grupo. No todos los días se toca en un Festival de música tan importante. —Apunta Nacho.

Después de dos horas de camino en las que ha tenido lugar algún que otro rifirrafe dentro del coche y una parada para estirar las piernas y tomar un tentempié, la furgoneta blanca, rotulada con el nombre de una pequeña empresa de carpintería, se acerca a su destino con los componentes del grupo deseando finalizar el viaje. Viveiro es un municipio costero situado en el extremo norte de la provincia de Lugo. Su población habitual ronda las quince mil personas. El conocido festival que se celebra en sus tierras atrae durante unos días a casi cien mil entusiastas de la música metal, punk y hardcore.

—¡Os lo dije! Deberíamos haber salido antes. Hay un atasco monumental para llegar al lugar del concierto. —Tomás frena de nuevo el coche y esta vez decide apagarlo hasta que los coches que le preceden vuelvan a avanzar unos metros. —Ya tengo calambres en los pies de tanto pisar el freno y el embrague y todavía faltan varios kilómetros hasta el lugar en el que se celebra el concierto. ¡Vamos a paso de tortuga!

—Siempre podemos ir andando. Seguramente llegaremos antes que en el coche. —Opina Juan girándose hacia sus compañeros.

—Tu sí puedes ir andando. Te echas el bajo al hombro y ya está, pero yo no tengo la misma facilidad con la batería. —Andrés no parece muy contento con la solución propuesta por Juan.

—Ya te dije más de una vez que tenías que comprarte una plegable. Así puedes meterla en una bolsa y la llevas donde quieres.

—¡No puedo contigo! ¡Estás todo el día diciendo tonterías!

—Es que saltas a la mínima y es muy divertido.

—¡No empecéis a discutir otra vez! —Intenta zanjar Tomás.

—Vamos a tener que utilizar el atajo que me ha comentado mi primo. —Dice Nacho, que lleva un buen rato atento al móvil, escribiendo hábilmente con los dos pulgares. —Tomás, gira a la

derecha en la siguiente calle. —Nacho levanta la cabeza y señala una calle que se divisa a unos veinte metros a la derecha.

—¿No nos perderemos si nos metemos por esas callejuelas? —Pregunta Juan. —Creo que vamos a tener que cambiarnos el nombre a "Los que iban a aparecer y no llegaron".

—No hay pérdida. Mi primo vive aquí. Se conoce estas rutas como la palma de su mano. Las recorre a menudo en bici.

—No me lo creeré hasta que lleguemos. —Murmura Juan dudoso, apoyando su mano en la frente y entrecerrando los ojos.

Tomás enciende el coche y comienza a rodar para recorrer la distancia que les separa del atajo que ha señalado Nacho. Los coches que les preceden avanzan muy lentamente. Al cabo de unos minutos, Tomás gira el volante a la derecha siguiendo las instrucciones de Nacho. A un lado y otro de la calle se observan viviendas unifamiliares. Algunas de ellas están rodeadas de un jardín en el que se mezclan las plantas decorativas con cuidados huertos. Conforme avanzan, las casas se van dispersando más, hasta que la carretera se interna en un bosque plagado de eucaliptos enormes, robles, alisos y abedules.

Tomás echa un vistazo rápido a través del retrovisor. El semblante serio y cabizbajo de Susana le preocupa. Contrasta enormemente con su expresión animada y risueña de esta mañana. Apenas ha abierto la boca durante el viaje. La mayor parte de las veces la ha encontrado mirando a través de la ventanilla o con la cabeza gacha. En un par de ocasiones la pilló con los ojos cerrados en una de los furtivos vistazos que ha echado a través del espejo retrovisor. Durante la parada que hicieron en el camino, apenas tomó un par de sorbos de agua. Enseguida salió fuera para dar un paseo sola, a pesar de que Tomás se ofreció a acompañarla.

Después de treinta minutos eternos, circulando a través de pistas forestales rodeadas de montes con impresionantes vistas a la ría de Viveiro, consiguen llegar hasta casi la puerta de entrada al festival. Un par de vueltas más y aparcan en la zona reservada para los grupos que tocarán en el Festival. En cuanto Tomás para el coche, las puertas se abren y salen en tromba deseosos de estirar las piernas.

—Tomás, te tomo la palabra en el tema del avión. Pero si algún día somos ricos, en lugar de un avión, yo prefiero alquilar un helicóptero. Es mucho más práctico. Hoy nos hubiera evitado dar todas estas vueltas. —Juan, ansioso por poner el pie fuera del coche, ha salido incluso antes de que este se hubiera detenido por completo. —Os aseguro que durante un rato creí que nos perderíamos en el monte, empezarían a saltar monos desde las ramas de los árboles que no nos dejarían continuar el camino y tendríamos que correr delante de una manada de búfalos que intentarían pisotearnos. Nos veríamos obligados a vivir como en uno de esos programas de supervivencia. Tendríamos que construir un refugio con nuestras manos, comer lo que encontrásemos por el bosque y escapar de bestias salvajes hasta que consiguiesen localizarnos. ¡Ha sido horrible! —Explica haciendo ademán de limpiarse el sudor de la frente.

—¡Qué exagerado eres! Pero si ha sido un paseo. El paisaje es una delicia y las vistas impresionantes. Es un lugar estupendo para hacer una ruta de senderismo. Además, en esta zona no hay monos ni búfalos. No sé si lo sabes, pero cerca de aquí se encuentra el eucalipto más grande de Europa. Mide casi 70 metros de altura y tiene un perímetro de más de 10 metros. Le llaman "El Abuelo" porque es de los más antiguos de la península. —Dice Nacho. —Cuando vengo a casa de mi tía, solemos hacer rutas en bici por los alrededores con mi primo y sus amigos.

—Es que a ti siempre te ha gustado el verde. ¡Si hasta te has comprado un piano verde! ¿Dónde se ha visto un piano verde para un grupo de metal? La verdad es que yo, al verde, le tengo alergia.

Ni siquiera pruebo la lechuga.

—Ehh... ¡Ese es el camión de Furious Black Beast! —El grito de Nacho interrumpe la disertación de Juan acerca de los colores, haciendo que todos se detengan para echar un vistazo hacia el enorme camión negro que está señalando. —Esperad un momento. ¡Aquel es Paul! ¡Paul! ¡Paul! ¡Paul! Ese tío es mi inspiración. Tengo que ir a pedirle un autógrafo. Por cierto Juan, Paul también tiene un piano verde. —Después de esta afirmación, Nacho sale disparado en dirección al susodicho Paul, que parece estar dando indicaciones a varias personas mientras bajan cajas del camión.

—¿Quién es ese? —Pregunta Susana intrigada, mirando la escena.

—Es el pianista de Furious Black Beast. Nacho es muy fan del grupo. —Responde Tomás.

—¿No les conoces? Su canción más famosa es Beast to the moon. —Comenta Juan todavía observando a Nacho, que habla con Paul y parece escribirle algo en un papel, después de sacarse una foto juntos. —Me gustaría escucharlos en directo, me han dicho que sus conciertos son espectaculares.

Los demás no parecen estar tan interesados como Juan en la aparición del componente del grupo Furious Black Beast y comienzan a acarrear los instrumentos hasta el escenario.

—Vamos. —Dice Tomás llevando una de las piezas. —Me gustaría inspeccionar el escenario y ver qué podemos hacer en él.

Entran a través de una entrada secundaria estratégicamente situada detrás del escenario en el que van a actuar. Tomás sube las escaleras, deja la pieza que acarreaba en una esquina y lo recorre de lado a lado. A pesar de ser el más pequeño con el que cuenta el festival, las dimensiones de este escenario son mucho mayores que cualquier otro en el que hayan actuado hasta ahora.

—Tenemos el tiempo justo para prepararlo todo. —Tomás mira su reloj pensativo.

—¡Hola! Creí que ya no llegabais. —Benito, el primo de Nacho, les ha visto entrar y ha subido a su encuentro.

—Nos ha costado llegar. Por suerte, tus indicaciones han sido providenciales para saltarnos el atasco. —Indica Nacho, que acaba de llegar, palmeando a su primo en la espalda. —Tíos, mirad, me ha firmado la camiseta. —Dice Nacho mostrando la firma de su ídolo en dirección a sus compañeros.

—Creo que será mejor que entremos en materia. No tenemos mucho tiempo. ¿Qué tenéis pensado? —Pregunta Tomás nervioso.

—El dron está preparado para realizar las tomas aéreas. Yo estaré con una cámara sobre el escenario y mi amigo con otra que grabará principalmente junto al público, aunque estará preparado para subir al escenario y realizar algunas tomas. Después montaremos las imágenes entre las grabaciones de las tres cámaras. Ya he rodado algunos planos esta mañana a primera hora para incluir alguna imagen general del recinto y el entorno de Viveiro. Aparte del concierto podríamos hacer un montaje con un par de canciones, si os parece bien, claro.

—Tío, para nosotros es perfecto. Vais a trabajar gratis. No puedo hacer muchas exigencias.

—Digamos que es por interés mutuo. Vosotros necesitáis grabar el concierto y nosotros necesitamos algo interesante para el trabajo de fin de curso. Tenemos que hacer un montaje largo y uno más corto. Por eso nos vendría bien grabar al menos una canción corta y el concierto, que es un montaje más largo.

Mientras los componentes de la banda acarrean los instrumentos, Susana se cambia en un pequeño rincón bajo el escenario habilitado como camerino provisional con cortinas como

improvisadas paredes y una luz portátil que ilumina el espejo frente al que se está maquillando.

—Oye, ¿qué contiene esta caja que pesa tanto? —Nacho carga una caja que estaba bajo los instrumentos musicales.

—Son un par de máquinas de chispas que he conseguido alquilar a buen precio.

—¡Estupendo! ¡Tenemos hasta efectos especiales! —Exclama Nacho.

—He tenido que pedirle prestado dinero a mi padre para conseguirlas. —Tomás examina el escenario, mirándolo de lado a lado. —Por favor, coloca uno a cada lado del escenario. Es necesario llamar la atención de alguna manera. Sería espectacular contar con cañones de humo y varios lanzallamas, pero cuestan una pasta. No te digo nada si pudiésemos instalar una pantalla gigante. Aunque este tipo de artilugios durante el día apenas destacan, son mucho más vistosos por la noche.

Después de colocar los instrumentos sobre el escenario, Tomás revisa el funcionamiento de los equipos mientras Benito y sus amigos graban parte de la preparación del escenario y las interacciones del grupo para incluir las imágenes en el formato final.

La hora del concierto se acerca. Juan separa la cortina negra que cubre el escenario lo suficiente para asomar su cabeza al exterior. Echa una mirada rápida de lado a lado y vuelve dentro.

—Tenemos a unos cuantos curiosos esperando a que comience el concierto. Si no les atrae la música, espero que al menos lleguen algunos más en cuanto comiencen a salir las chispas que has montado. El video del concierto será un churro si sólo se ven a cuatro gatos como público. —Comenta Juan.

—Eso tiene arreglo. Todo depende del plano que tomes. Sustituiremos las escenas de público por las del escenario. No se harán planos generales del público para que no se aprecie que hay poca gente. Incluso puedo infiltrarme en alguno de los otros conciertos y hacer tomas entre el público para dar la sensación de que hay muchos espectadores. —Aclara Benito.

—Eso lo dejo en tus manos. Vas a usar la grabación como trabajo de fin de curso, así que entiendo que lo harás lo mejor que puedas. —Comenta Tomás.

—No hay fallo.

—Por cierto, ¿alguien sabe dónde está Susana? —Pregunta Tomás mirando a su alrededor e interrogando con la mirada a sus amigos. —No la he visto subir al escenario.

—No. Supongo que todavía estará en el camerino. No la he vuelto a ver desde que llegamos. —Juan señala hacia las escaleras que se dirigen a la zona inferior y luego continúa con las pruebas de sonido de su bajo.

Tomás desciende las escaleras metálicas que unen el escenario con la planta baja y se acerca al rincón en el que Susana se estaba cambiando y maquillando.

—Susana. ¿Te falta mucho? —Pregunta desde el exterior de las cortinas negras que hacen las veces de paredes del camerino.

Nadie contesta.

—¿Susana? ... Susana, ¿te encuentras bien?

Tras unos segundos de espera, Tomás abre preocupado la cortina que cierra el pequeño cubículo en el que Susana se estaba vistiendo. Al encontrarlo vacío, sube de nuevo al escenario a fin de encontrarla. Mira a un lado y otro pero no la ve. Cruza a grandes zancadas el escenario hasta llegar al otro lado. Baja las escaleras y se dirige al exterior del escenario por la parte trasera. Nervioso, mira a un lado y otro sin verla. Luego pone rumbo a la furgoneta que está aparcada en el exterior del recinto. Susana no aparece por ningún lado. Saca su teléfono móvil y

marca su número. La llamada da el primer tono, el segundo, el tercero,... hasta que se corta por falta de respuesta. Gira sobre sí mismo buscándola con la mirada. Guarda de nuevo su teléfono móvil en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero sin saber qué hacer para encontrarla.

Luego vuelve apresurado al recinto. Al entrar por la puerta mira a un lado y al otro. Pequeños grupos de gente se amontonan aquí y allá. Tomás se dirige con paso ligero a dar una vuelta alrededor del escenario para ver si la encuentra. En ese momento observa una llamativa y familiar cabellera roja entre lo que creía un grupo de amigos charlando. Se dirige a ellos con paso apurado.

—Ehh!!! Ella está conmigo. —Dice al ver a un grupo de cinco o seis hombres rodeando a Susana, que agarra los gruesos alambres de la verja que rodea el recinto con las dos manos mientras mantiene la cabeza apoyada en ellos.

—Perdona tío. Sólo queríamos hablar con ella. —Comenta uno de ellos levantando levemente las manos en gesto de rendición, mientras se aleja junto a sus amigos. —Aunque no debe de estar de buen humor. No ha dicho ni una palabra.

—Susana... —Susurra Tomás acercándose y tocando su hombro con suavidad. —¿Te encuentras bien?

Susana aparta la cara de la barandilla que cierra el recinto y mira confusa a Tomás.

—Susana... Estás sudando. ¿Te han hecho daño esos chicos? —Pregunta Tomás alarmado mirando hacia atrás, en la dirección que tomó el grupo de personas que se arremolinaban en torno a Susana.

—¿Qué chicos? —Pregunta confusa mirando a un lado y al otro mientras Tomás vuelve a centrar su atención en ella.

—Los que estaban aquí contigo hace un momento. —Aclara Tomás estudiando su expresión con preocupación.

—No... Yo... Estaba sola... No les vi. —Murmura Susana desorientada.

Tomás mira preocupado a Susana. Pequeñas gotas de sudor perlan su frente dando la impresión de que su maquillaje recién aplicado comienza a escurrirse. Su mirada parece ausente, perdida. Ni siquiera parece haberse dado cuenta de que hace un momento estaba rodeada por varias personas.

—Susana, vayamos dentro. Buscaremos un sitio en el que puedas sentarte y beber un poco de agua. Así no puedes actuar. Cantaré yo.

—No, espera. Sólo dame un momento. Disculpa, me siento tan tonta. —Comenta Susana nerviosa. —Es pánico escénico. En el coche venía realizando algunos ejercicios de respiración y me encontraba bien, parecía tenerlo controlado. O al menos eso creía... Pero ha sido cruzar la valla de acceso al recinto, mirar al escenario, pensar que voy a estar ahí delante de un montón de gente y mi cabeza se ha llenado de pensamientos extraños que me bloquean. —Susana mira temerosa a Tomás. —Sé que parece una tontería.... Lo siento, no puedo evitarlo.

—No es ninguna tontería. Susana, eres una profesional. ¡Lo harás genial!

—No es tan fácil. En momentos así me derrumbo y tengo la sensación de que mi voz se apagará durante el concierto o de que me saldrá un gallo en el momento más inoportuno... Sé que tienes tantas esperanzas puestas en este concierto. Tengo miedo a hacer algo mal y estropearlo todo.

—Ven, demos un paseo. Quizás te ayude hablar sobre el tema. Dame dos minutos para comentarle a los chicos que nos retrasaremos un rato con la hora de inicio.

Tomás corre hacia el escenario y sube por una escalera trasera. Vuelve a aparecer enseguida bajando por la misma escalera. Toma a Susana de la mano y la guía hacia la pequeña puerta de salida al exterior por la que han entrado. La persona de seguridad cierra la puerta en cuanto salen.

Sus pasos se dirigen a la acera que rodea el recinto.

—¿Te ha sucedido más veces? —Pregunta Tomás mientras pasean.

—Sí. El primer día que representamos Rigoletto fue el peor que recuerdo. Normalmente lo controlo realizando ejercicios de respiración, pero ese día, al igual que hoy, parecían no funcionar. Por más que intento despejar la mente y alejar los pensamientos catastrofistas, me resulta imposible. Es algo que no puedo controlar. Llega a un punto en el que respiro con dificultad y siento que me ahogo.

—¿Cómo conseguiste vencer ese miedo?

—Nicole, una compañera que actuó conmigo en la obra, me ayudó mucho. Solíamos hacer un pequeño ritual de relajación juntas unos minutos antes de que comenzase la obra. Incluso me dio uno de sus amuletos para intentar superar este miedo paralizante. Era un pañuelo de seda de color mostaza. Solía esconderlo entre mi ropa cada vez que salía al escenario. Hoy, con las prisas, me he olvidado de traerlo.

Tomás alza las manos hasta su cuello y rebusca bajo su camiseta negra hasta encontrar un medallón de plata con forma circular y tres espirales unidas entre sí grabadas sobre el metal. Abre el pequeño mosquetón que sujeta el cordón negro que rodea su cuello y lo saca asíéndolo por los extremos.

—Este es un amuleto celta. Se llama trisquel. En la cultura celta simbolizaban la evolución, el crecimiento y el equilibrio entre el cuerpo, la mente y el espíritu. —Dice Tomás mostrando el colgante.

—Equilibrio es justo lo que yo necesito en este momento. —Responde Susana con una pequeña sonrisa nerviosa.

Tomás se sitúa detrás de Susana para colocarle el cordón. Luego vuelve delante de ella mientras Susana toca ensimismada el amuleto.

—Susana, si no te sientes con fuerzas para cantar, lo haré yo.

—No, no... No puedo dejar que el miedo me bloquee de esta forma. Cantaré yo. —Comenta Susana visiblemente más animada. —Vamos. No les hagamos esperar más.

Ambos se encaminan con paso decidido de vuelta al escenario. Tomás de vez en cuando dirige alguna mirada preocupada hacia Susana, que parece absorta en sus pensamientos. Susana se encamina al pequeño camerino donde todavía se apilan sus cosas para intentar corregir su maquillaje.

Los componentes del grupo se colocan en posición. La melodía comienza a sonar y las cortinas se abren. El tempo de la música se acelera. Tomás quiere comenzar fuerte. Para ello ha planeado un sólo de guitarra. Un riff que pueda llamar la atención de los presentes y atraer al público que deambule sin rumbo fijo por el recinto.

Finalizado el riff, el resto de los componentes de la banda se une a la melodía y Susana todavía no ha subido al escenario. Tomás contiene la respiración unos segundos antes de que Susana deba comenzar con la letra.

Un potente chorro de voz inunda el escenario justo cuando deben comenzar a escucharse las primeras letras de la canción. Tomás se gira sorprendido y observa a Susana encima de una de las cajas de sonido situadas en la parte trasera del escenario. Luego salta, aprovechando una caja más pequeña como improvisado escalón, para dirigirse a la parte delantera del escenario. Parece como si su vida hubiera estado siempre dedicada a los conciertos y el episodio de miedo escénico hubiese sido sólo una pesadilla. Enfundada en un apretado pantalón negro, un ajustado corpiño con tachuelas metálicas incrustadas y unas llamativas mechas color rojo fuego que adornan su

cabello castaño, domina el escenario, recorriéndolo de lado a lado e interactuando con un público cada vez más numeroso. Pequeños grupos de gente van acercándose, curiosos, y uniéndose al auditorio.

Tomás observa a Susana, arrolladora sobre el escenario, conectando con el público, sin saltarse una sola palabra de las letras y llegando a todas las notas, aun en las canciones más complicadas.

A mitad de concierto, el sonido se apaga y Tomás, Susana y Juan, que habían ocupado la parte delantera del escenario, se retiran hacia atrás. A los pocos segundos se escuchan unos acordes de gaita gallega. Nacho sale de detrás del piano y se adelanta hacia el centro del escenario con su gaita negra de la que cuelgan unos brillantes hilos rojos a modo de adorno.

Después de los primeros compases de gaita, se unen la batería, el bajo y el piano, esta vez tocado por Tomás. Susana aprovecha beber algo de agua y descansar la voz mientras observa al público pasar de la expresión de estupefacción inicial que se observaba en sus caras en cuanto escucharon el sonido de la gaita, a los gestos de sorpresa y aprobación. Parece que la combinación del sonido tradicional de la gaita con sonidos más modernos ha sido un auténtico éxito.

En cuanto finaliza la canción, los componentes del grupo retoman sus puestos habituales y continúan con el concierto.

El público, animado, comienza a moverse al unísono. Los asistentes se separan en dos bandos, uno frente al otro. Luego, como antiguos guerreros, se lanzan a la carrera hacia el grupo contrario para juntarse en medio chocando unos contra otros en un extraño baile salvaje.

Susana sigue cantando a pesar de su asombro por el extraño comportamiento del público. Las personas encargadas de la seguridad del recinto no parecen dar importancia a estos movimientos. Al rato, el choque entre bandos se transforma en una danza llena de volteretas, piruetas y giros en el que los participantes aparentan querer asombrar a los demás con la acrobacia más espectacular. Finalmente, la exhibición de saltos parece haber rematado, mutando en un baile en el que algunos los asistentes comienzan una danza formando un círculo al que se van uniendo el resto de los asistentes, que, en su mayoría, habían permanecido quietos a los lados, observando las acrobacias.

Tomás vuelve a aprovechar para realizar otro de los riffs de guitarra que tanto le gustan y Susana decide tomar un trago de la botella de agua que había dejado detrás de una de las cajas de música a las que se subió al inicio. Satisfecha su sed, se acerca a Nacho mientras el público continúa entusiasmado con el solo de guitarra de Tomás.

—Oye, ¿qué tipo de baile era ese que estaba haciendo el público? —Pregunta Susana. Nacho la mira asombrado antes de soltar una gran carcajada. —¿Por qué te ríes? Al principio creí que se iban a pelear. Después ya me di cuenta de que era algún tipo de coreografía.

—Nunca has asistido a un concierto de metal, ¿verdad? —Dice Nacho en cuanto puede articular palabra después de la risotada que no ha podido reprimir.

—No. Sólo he visto varios conciertos grabados durante estas dos semanas de ensayos, pero me he centrado más en lo que sucedía sobre el escenario, para copiar ideas y movimientos de otros cantantes, que en lo que pasaba frente a él. ¿Por qué? ¿Es habitual que en el público haya peleas tan multitudinarias? No era una persona, ni dos, ni tres,... Fueron más de la mitad de los espectadores los que participaron en unas cosas u otras. Te aseguro que creí que eran dos bandas rivales que habían quedado aquí para pelearse. —Esta última afirmación vuelve a provocar una carcajada de Nacho.

—Son unos bailes típicos entre los asistentes a conciertos de metal. El primero que viste se llama "wall of death". El público se separa en dos bandos que luego se juntan y chocan entre sí como si fuesen dos muros. Luego hicieron un "mosh" que son esos saltos estrafalarios que estaban realizando. El último baile en forma de círculo se llama "circle pit". Y no te preocupes, no suele haber heridos. Quizás algún golpe o contusión leve debido al entusiasmo que ponen algunos de los asistentes al realizar algún salto o una pirueta, pero nada grave.

Tomás finaliza su parte y la música retoma su ritmo habitual. Susana observa cómo se aparta del centro del escenario y mira hacia atrás, buscándola con la mirada. Ella vuelve de nuevo a la parte central del escenario, adquiriendo nuevamente el protagonismo al entonar otra de las canciones.

Los espectadores se agolpan delante del escenario, unos saltando, otros uniéndose a los variados "wall of death", "mosh" y "circle pit" que parecen surgir espontáneamente entre algunos de los espectadores y a los que acaba uniéndose buena parte del público.

Los cuarenta y cinco minutos que dura el concierto pasan volando. Cuando suenan las últimas notas del recital, el público silba y aplaude, pidiendo alguna canción más.

Los componentes de la banda bajan del escenario satisfechos. El concierto ha sido un éxito. El público ha acabado llenando el espacio delante del escenario en el que al principio casi no había nadie.

Un nutrido grupo de espectadores les esperan en la parte trasera del escenario pidiendo autógrafos, selfis, camisetas y cds. Los componentes del grupo complacen a sus nuevos fans con gusto. Todos posan gustosos para las fotos y firman papeles, camisetas y gorras.

Tomás acaba de firmar la camiseta de uno de los espectadores y levanta la cabeza para tratar de localizar a Susana. No quiere alejarse mucho de ella. Prefiere estar cerca para poder ayudarla si alguien la incómoda. La encuentra a un par de metros de él, rodeada de gente. Se vuelve a firmar otro autógrafo y posar para varias fotos más que le piden los fans. Al finalizar vuelve de nuevo su vista atrás para buscar a Susana. La distancia entre ellos ha aumentado. La avalancha de fans parece arrastrarla como una marea. Tomás firma rápidamente la gorra de otro de los asistentes que reclama insistentemente su atención y se gira decidido a llegar hasta el lugar en el que Susana atiende a los fans. Se abre camino difícilmente entre la masa de gente que rodea a Susana. Al principio le cuesta conseguir que se aparten y tiene que propinar algún que otro codazo pero en cuanto se dan cuenta de que es uno de los componentes de la banda, le dejan paso sin problema. En cuanto se acerca, Susana le mira nerviosa. Tomás la rodea con un brazo intentando tranquilizarla y continúan durante un buen rato firmando autógrafos.

—Gracias por venir a rescatarme. Te aseguro que me estaba empezando a agobiar rodeada de tanta gente. —Comenta Susana al cabo de un buen rato, cuando el tumulto de gente se dispersa y los componentes del grupo se reúnen.

—Enhorabuena, parece que hemos causado sensación. —Andrés se acerca entusiasmado después de acabar de posar para una foto junto a una pareja. —Me han preguntado varios por nuestro próximo concierto. Les he dicho que estén atentos a nuestro Facebook, que iremos publicando noticias.

—¡Muy buena respuesta! Es mucho mejor que decirles que todavía no tenemos ninguno programado. —Comenta Juan. —Yo también se lo he dicho a varios que me han preguntado.

—Me da la impresión de que la que más éxito ha tenido ha sido Susana. Creí que la muchedumbre que te rodeaba te acabaría arrastrando con ella. —Añade Tomás mirándola cariñosamente. —Casi no soy capaz de llegar hasta ti.

—Pues no sabes el miedo que he pasado. No me importa que me rodee la gente y me pidan autógrafos y fotos. Posaré para las fotos con gusto y firmaré los autógrafos. El problema es que alguno se estaba propasando. Me tocaban sin pudor y sujetaban y tironeaban mi ropa para reclamar mi atención. Ha sido bastante molesto. Suerte que me he puesto una cazadora encima. Si llego a salir sólo con el corpiño creo que hubieran acabado rompiéndolo de tanto tirar de un lado y otro. Un par de personas han metido los dedos por la cinturilla de mi pantalón y me han dado varios tirones. Ya no sabía si salir corriendo o empezar a dar guantazos. En cuanto llegaste tú, la presión sobre mí disminuyó. Creo que se repartió la atención entre los dos y la situación se hizo más llevadera.

—Tendremos que organizarnos de otra forma para que eso no vuelva a suceder. —Comenta Tomás con semblante preocupado. —Intentaremos estar cerca de ti para evitar este tipo de situaciones.

—¡Ha sido espectacular! —Grita Nacho, que acaba de unirse al grupo después de charlar con varias personas. —¡No os lo vais a creer! Acabo de hablar con Paul. ¿Recordáis al chico de Furious Black Beast al que le he pedido el autógrafo cuando llegamos? Ha estado entre el público. Dice que le ha encantado el concierto y quiere hablar con nuestro manager. Le he dado tu teléfono, Tomás.

—Vaya... Parece que la acogida ha sido buena. Mucho mejor de lo que esperaba. Pero no nos dejemos llevar por la euforia. Es importante mantener los pies en el suelo. Me he llevado demasiadas decepciones como para creer que a partir de ahora todo va a ser un camino de rosas. Venga. Todavía tenemos mucho que hacer antes de dar por rematado el trabajo de hoy. —Recuerda Tomás al ver acercarse al primo de Nacho y sus amigos.

Después de recoger los materiales y, acompañados por Benito y sus compañeros, se dirigen a unos acantilados cercanos. Benito, previsor, ha escogido una localización a la que pueden llegar sin problemas con la furgoneta a través de unos estrechos caminos. Los componentes del grupo se afanan en descargar la furgoneta y ubicar los instrumentos lo mejor posible sobre el suelo rocoso en el que las olas baten con fuerza, salpicando, de vez en cuando, gotas espuma salada.

Benito y sus amigos realizan las grabaciones. Algunas gaviotas planean sobre los músicos mirando curiosas al dron que las acompaña en su vuelo, haciendo grabaciones aéreas del grupo y los acantilados que rodean la zona.

Esta vez no es necesario poner a punto los instrumentos. Simplemente realizan una representación de la canción sin sonido, ya que el batir de las olas y el silbido de la brisa estropearían la acústica de la canción. El sonido que se incluirá en los videos ya ha sido previamente grabado en casa de Tomás, en el rudimentario estudio de grabación que ha construido poco a poco en una de las habitaciones del piso en el que vive. Benito tendrá que intercalar las distintas imágenes y acoplar el sonido en el video posteriormente.

Después de grabar las dos canciones y tomar algunos planos individuales de cada uno de los componentes del grupo con el embravecido mar Cantábrico como fondo, Benito parece satisfecho con la calidad de las grabaciones y decide que tiene material suficiente para montar los videos, por lo que dan por finalizada la grabación. Recogen los instrumentos de nuevo y los guardan en la furgoneta.

—Creo que os merecéis unos días libres. —Anuncia Tomás. —Reanudaremos los ensayos dentro de un par de semanas. Ya os contaré si me llama tu amigo Paul. —Comenta mirando a Nacho.

—Sí jefe. Yo me quedaré con Benito en Viveiro el resto del fin de semana. Mañana hay

programadas varias bandas interesantes, aunque no están a la altura de los Furious Black Beast, o a la nuestra, por supuesto. —Proclama sonriente.

Andrés y Juan también deciden aprovechar las entradas gratuitas que ha suministrado la organización del festival y quedarse en Viveiro lo que resta de fin de semana para disfrutar de los conciertos.

—Susana, la tropa nos abandona. Nos quedamos solos tú y yo. —Comenta Tomás cerrando el portón trasero de la furgoneta después de haber guardado los instrumentos, mientras Nacho habla con su primo y Juan y Andrés echan un vistazo a los escarpados acantilados desde los que se divisa la Ría de Ortigueira. —¿Qué te apetece hacer? He reservado unas habitaciones por la zona en previsión de que saldríamos tarde y estaríamos cansados para hacer de un tirón el trayecto de vuelta. ¿O prefieres volver directamente a casa? Son dos horas de camino y la verdad es que el día ha sido duro.

—A mí me convence la opción del hotel que has reservado. Estos dos últimos días casi no he pegado ojo debido a la ansiedad que me provocaba el concierto. Seguro que si nos metemos en el coche no tardaré más de un cuarto de hora en quedarme dormida. No podré darte conversación durante el trayecto.

—Entonces pasaremos la noche en el camino. Dejaremos a los chicos en Viveiro y buscaré la dirección del alojamiento en la confirmación de la reserva que recibí la semana pasada. Viveiro y los alrededores están completamente ocupados estos días. Me fue imposible encontrar una sola habitación libre. Tuve que buscar un lugar para dormir en los pueblos vecinos.

—Tomás, ¿nos vamos ya? —Andrés se acerca a la furgoneta seguido de lejos por Juan, que se había retrasado hablando con Nacho y ahora se acerca a la carrera.

—Benito quiere pasar por su casa para dejar el coche y poner a buen recaudo las grabaciones. —Comenta Juan en cuanto llega, casi sin aliento. —Nos ha dicho que podemos dormir en su casa y hemos aceptado sin pensarlo dos veces. Dice que está a cinco minutos andando del recinto del Festival. Los veremos después en los conciertos.

Tomás se pone de nuevo al volante y deja que Benito circule delante, ya que es el que conoce la zona y sabe salir del laberinto de caminos por el que han accedido hasta los acantilados.

Esta vez, a pesar de encontrar bastante tráfico durante el trayecto de vuelta, los vehículos transitan de forma fluida, por lo que sólo tienen que parar dos o tres veces siguiendo las indicaciones de los semáforos. Cerca del recinto del Festival, Andrés y Juan aprovechan que uno de los semáforos se ha puesto en rojo, obligando a Tomás a parar el coche, para despedirse y salir del automóvil con sus mochilas al hombro en dirección a la entrada principal, ansiosos por disfrutar del próximo concierto que está a punto de comenzar.

Capítulo 7

—Susana, ¿podrías echar un vistazo a la localización del hotel? Te la he enviado antes de salir del acantilado. Sólo me ha dado tiempo a ojear en el mapa el lugar en el que se encuentra. Hay que cruzar Viveiro y continuar por la carretera que bordea la costa. —Pregunta Tomás en cuanto se van sus compañeros.

Susana, sentada en el asiento del copiloto, abre la cremallera de su mochila e introduce la mano tratando de localizar el teléfono móvil. Lo enciende y revisa los mensajes recibidos hasta encontrar el que le ha enviado Tomás con la ubicación. Luego abre el mapa que le indicará dónde se encuentra el coche en ese momento y el lugar al que se dirigen. Rápidamente busca la ruta más rápida para llegar a su destino.

—Ya lo he localizado. Tenemos por delante media hora de camino. —Comenta sin levantar la vista de la pantalla del móvil mientras la toquetea con el dedo índice. —Tienes razón, la mayor parte del trayecto iremos por una carretera que bordea la costa.

Tal y como anunciaba el mapa, la mayor parte del trayecto discurre a través de una carretera comarcal que bordea la costa y les permite disfrutar de los agrestes paisajes y las recortadas costas del norte de Galicia. De vez en cuando los acantilados dan paso a pequeñas playas, perfectas para disfrutar de un baño sin agobios.

Al cabo de media hora, siguiendo las indicaciones del mapa, se desvían de la carretera comarcal por la que discurren para introducirse en una pista en la que a duras penas caben dos vehículos. Circulan durante unos minutos por ella. Susana ojea de vez en cuando el mapa en su teléfono móvil.

—¡Espera! Nos hemos pasado. Creo que teníamos que entrar por ese camino. —Comenta Susana mirando hacia atrás y señalando un camino cuya entrada ha quedado un par de metros atrás. —Sí, es por aquí. Mira la señal. —Comenta Susana señalando una señal rectangular situada a uno de los lados de la entrada que confirma que van en la dirección correcta.

Tomás observa que no vienen coches y da marcha atrás al vehículo hasta ponerse a la altura del camino que Susana ha señalado.

—Bien, allá vamos. Espero que no nos crucemos con nadie que venga de frente. —Dice Tomás al observar el ancho de la vía.

Avanzan unas decenas de metros observando a un lado y otro hasta llegar a una entrada en la que aparece el nombre del establecimiento que han reservado.

—¡Es aquí! —Comenta Susana al ver el cartel, mirando la casa con curiosidad a través del cristal de la ventanilla de la furgoneta.

Tomás aparca el coche en una pequeña explanada con sitio para dos o tres vehículos más situada cerca de la vivienda. Baján con sus mochilas y andan hasta la casa bordeando un cuidado jardín. Tomás se dirige dentro mientras Susana decide explorar el jardín. Al llegar al otro lado de la casa observa embelesada el paisaje. Justo frente a la vivienda se abren en todo su esplendor dos pequeñas playas separadas por una punta rocosa que se adentra unos metros en el mar. Las olas baten suavemente sobre la arena. Susana baja por un pequeño sendero que desciende hasta una de las playas. Al cabo de una decena de metros sus pies llegan al borde de la playa. La fina arena hace que se anime a sacarse los zapatos y dejar que sus pies disfruten del roce de la cálida

arena. Sus pasos se dirigen ahora al borde del agua. Las olas descienden suavemente sobre la orilla mojando sus pies.

—¿Susana? —La voz de Tomás se escucha lejana.

—¡Estoy aquí abajo! —Susana se gira en su dirección y levanta un brazo para que pueda localizarla más fácilmente. Le ve salir de la casa y despedirse de alguien para luego tomar el mismo camino que ella utilizó para bajar a la playa. —Fíjate, las vistas son preciosas. Podría pasarme horas escuchando el sonido las olas. —Susana cierra los ojos y aspira profundamente. El aroma a salitre del mar se mezcla con otros que Susana intenta identificar: hierba recién cortada y unos toques florales que parecen provenir de un rosal cercano.

—Pues no te vas a creer lo mejor. Tenemos la casa para nosotros solos. —Comenta Tomás acercándose a ella.

—¿De verdad? —Dice Susana sorprendida. —¿No era un hotel?

—En realidad no es un hotel. —Explica Tomás. —La empresa propietaria gestiona varios establecimientos vacacionales. Esta es una casa, con cocina, salón y varias habitaciones. Cuando hice la reserva no me di cuenta del detalle, sólo busqué algo que estuviese disponible en la fecha del concierto y reservé varias habitaciones. Lo que no sabía es que reservé todas las habitaciones de la casa, por lo que en la práctica tenemos la casa para nosotros dos.

Tomás y Susana desandan el camino para regresar de vuelta a la vivienda. Ascenden hasta la entrada desde el jardín por un pequeño sendero empedrado que finaliza frente a la puerta acristalada de la vivienda. Las luces del vestíbulo iluminan la planta baja dejando entrever un interior diáfano y acogedor.

Tomás se adelanta unos pasos y abre la puerta para que Susana pueda pasar hasta la estancia que ocupa la mayor parte de la planta baja, que hace las veces de salón y cocina. Un par de sofás invitan a sentarse junto a la chimenea que en estos momentos está apagada, pero durante un día lluvioso en invierno inundaría la habitación de una sensación acogedora y placentera. A unos pocos metros, una mesa con cuatro sillas separa la zona de estar, del territorio de la cocina. Sobre la mesa, un recipiente rebosante de fruta les da la bienvenida. Susana no puede evitar dejarse seducir por las fresas. Escoge una y se la lleva a la boca saboreándola con los ojos cerrados.

—Me encantan las fresas. Son mi fruta preferida. —Comenta Susana sin poder resistir la tentación de llevarse otra fresa a la boca.

—Lo tendré en cuenta. —Murmura Tomás mirando embelesado cómo la carnosa pulpa roja de la fruta desaparece dentro de la boca de Susana.

Los primeros minutos los dedican a explorar las estancias y escoger habitación. Susana se adueña de la primera que encuentra, enamorada de las vistas. A través de su enorme ventana puede contemplar el mar. Deja su mochila sobre una silla y se para un rato frente a la ventana para disfrutar del paisaje. Luego se acerca a la cama y se deja caer sobre ella, abriendo los brazos y estirando las piernas. Susana mira al techo, pintado de un color azul claro, y luego los cierra, inspirando profundamente y tratando de dejar atrás toda la tensión acumulada durante el día. Al cabo de un rato se levanta con la intención de darse una ducha rápida.

—¿Tomás? —Susana sale de su habitación, vestida de forma cómoda, con una camiseta y unas mallas negras.

—Estoy fuera, en el porche. —La voz de Tomás se escucha lejana.

Susana desciende las escaleras hasta llegar al piso inferior y se dirige a la puerta entreabierta. A través del ventanal acristalado puede observar a Tomás, afanado en colocar los cubiertos sobre la mesa de madera situada en el exterior.

—¿A qué huele? —Pregunta Susana atraída por un delicioso aroma.

—Has bajado justo en el momento oportuno. Acabo de llegar con la comida. Te llamé antes para saber qué querías para cenar pero no contestaste, así que he tenido que elegir por tí. Espero que te guste. —Anuncia Tomás. —He preparado la mesa fuera. Hace un día estupendo para comer en la terraza.

—Me parece un plan estupendo. Me encanta el paisaje y la tranquilidad que se respira en este lugar. Vamos, que me mudaría aquí de forma permanente sin dudarlo.

Tomás la mira con curiosidad y aparta una de las sillas haciendo ademán para que se siente.

—¡Qué caballeroso estás hoy! —Susana se acomoda en la silla que le ofrece Tomás.

—Tenemos que celebrar nuestro triunfo de esta tarde. —Comenta Tomás levantando una botella de vino del enfriador situado en uno de los lados de la mesa. Con destreza, toma el sacacorchos y libera el corcho de la botella. Luego procede a repartir el chispeante líquido entre la copa de Susana y la suya. —Dejaremos para mañana el aterrizaje en la cruda realidad. —Prosigue levantando su copa. Susana también eleva su copa hasta que se rozan a mitad de camino. Luego ambos dan un pequeño trago saboreando el vino. —Este Godello blanco será perfecto para acompañar la comida. Dame un momento para traer las viandas.

—Espera. Te ayudaré.

—No. Quédate aquí disfrutando del vino. Hoy eres mi invitada. —Tomás deja su copa de vino sobre la mesa y entra en la casa a través de la puerta acristalada por la que salieron, que había dejado parcialmente abierta. Recoge un par de recipientes con comida que encuentra sobre la encimera y vuelve a salir.

Susana le mira sentada desde su silla en la terraza, mientras degusta, a pequeños sorbos, el líquido amarillento procedente de los viñedos que crecen sobre las empinadas laderas del río Sil. Tomás regresa con dos fuentes que coloca en el centro de la mesa.

—El menú de hoy es ensalada de la casa y arroz a la marinera. —Dice Tomás con pompa.

—Mmmm... Tienen una pinta exquisita. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Por cierto, ¿cómo la has conseguido? —Pregunta Susana acabando de servirse y justo antes de llevarse un bocado de arroz a la boca.

—Es un secreto. —Susurra Tomás con aires de misterio.

—Ummmm... Este arroz está delicioso. Vamos, dímelo. —Comenta Susana juguetona. —¿Tienen servicio de habitaciones? Está claro que tú no lo has cocinado, no has tenido tiempo. Que yo sepa tampoco tenías los ingredientes a mano.

—Vale, te contaré mi secreto. —Responde Tomás después de hacerla esperar un rato. —Ví un restaurante justo antes de que tomásemos el desvío que nos trajo hasta la casa. Les llamé para ver si podrían prepararnos algo para llevar y luego pasé a recogerlo.

—¡Buena idea! La comida está riquísima. —Susana se lleva de nuevo la copa a la boca para tomar un sorbo de vino.

—Brindemos. —Dice Tomás levantando su copa. —¡Por el éxito!

—¡Por el éxito! ¡Qué esta vez no se nos escape! —Exclama Susana, acercando su copa a la de Tomás antes de tomar un buen trago de vino.

Al finalizar la cena, deciden extender un par de toallas sobre el cuidado césped que rodea la casa, buscando un lugar desde el que poder disfrutar de la puesta de sol.

—De postre tenemos fruta de temporada. —Tomás se arrodilla sobre su toalla dejando entre los dos un cuenco relleno de fruta. Fresas, cerezas, varias ciruelas y un par de nectarinas se amontonan dentro del recipiente.

—¡Qué detalle! —Susana se gira al ver llegar a Tomás. —Es un lugar perfecto para desconectar. Se respira tranquilidad.

Susana mira la fruta y vuelve a decantarse por una fresa. La acerca para aspirar su aroma dulce y meloso y luego mordisquea un trocito de la punta. El mordisco posterior abarca casi la mitad de la fruta. Pequeñas gotas de jugo se hacen visibles sobre las comisuras de sus labios. Tomás es incapaz de apartar la mirada de su jugosa boca. Centímetro a centímetro acerca su cara hasta que sus labios se rozan en una suave caricia que pilla a Susana por sorpresa, aunque no tarda mucho en reaccionar. Tomás separa su cara unos centímetros y la mira a los ojos, solicitando de forma muda su aceptación. Susana responde con otro beso. Tímida, al principio, pronto se transforma en un beso ardiente y apasionado. La intensidad del deseo sube por momentos. Susana acaricia el torso de Tomás, elevando poco a poco la camiseta que lo cubre, deseosa de rozar su cuerpo con sus manos y saborear con su boca los trozos de piel que van quedando al descubierto. Las prendas de ropa caen desorganizadas por los alrededores mientras acarician, besan y mordisquean desesperadamente sus cuerpos hambrientos.

La luz de la luna llena ilumina su pasión, que sacian con avidez hasta que no pueden más y se acurrucan lánguidamente mirando a las estrellas.

—¿Vamos dentro? Hace fresco. —Comenta Susana acercándose más si cabe al cuerpo de Tomás.

—¿Tienes frío? —Pregunta Tomás mirándola tiernamente mientras acaricia su cara.

—¿Tu no? Yo ya tengo la piel de gallina.

Se levantan, recogen las toallas y la ropa que encuentran en el suelo y suben hasta la casa.

—¿Todavía tienes frío? —Pregunta Tomás cuando se acercan a las habitaciones.

—Sí.

—Tendré que hacerte entrar en calor. —Tomás la rodea con sus brazos acariciándola y besándola para aumentar su temperatura corporal.

Luego la toma en brazos y la lleva hasta su habitación intentando no romper el beso, mirando de reojo de vez en cuando para no tropezarse con la cama o la silla sobre la que Susana había dejado su mochila. Delicadamente la deja sobre la sábana rompiendo el contacto de sus cuerpos. Susana abre los ojos y observa cómo Tomás la devora con la mirada. Susana se incorpora para atraerlo de nuevo hacia ella.

Susana se despierta exhausta y satisfecha. Extiende su brazo buscando el contacto con la piel de Tomás pero no puede encontrarlo. Abre los ojos despacio pensando encontrarlo dormido a su lado pero Tomás ya no está en la cama. Un suave aroma a café recién hecho inunda la habitación.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —Contesta Susana con una gran sonrisa, girándose hacia el lugar del que procede la voz de Tomás.

En cuanto lo ve, su expresión cambia. Tomás está sentado en la silla a un lado de la cama. Sostiene entre sus manos un tazón de café a medio beber. Su semblante serio y esquivo no se parece en nada al del Tomás atento y juguetón de la noche anterior.

Instintivamente, Susana sujeta la sábana que se había deslizado hasta su cintura, dejando buena parte de su piel al descubierto y la sube hasta su cuello.

—Susana... Creo que tenemos que hablar de lo que sucedió ayer entre nosotros. —Tomás parece incapaz de mirarla directamente. Sus ojos se elevan fugazmente, como para comprobar que ella todavía sigue ahí, pero vuelven insistentemente a la taza de café, que sujeta nerviosamente con

las dos manos.

—Sí claro... Hablemos. —Dice Susana temerosa.

—Creo que hemos cometido un error. —Murmura Tomás.

—¿Consideras un error lo que sucedió entre nosotros? —Susurra Susana incrédula.

—No... No es eso. Realmente creo que es algo que no debería haber pasado. Pienso que nos dejamos llevar... La euforia del concierto... El vino... No sé. Hemos sido amigos tanto tiempo... No me gustaría perder esa amistad que tenemos y puede que si continuamos con esto la estropeemos. ¿Lo entiendes?

Susana le mira fijamente, sin comprender nada.

—No estoy segura de lo que quieres decir. —Responde al fin.

—Creo que será mejor hacer como si esta noche no hubiera ocurrido nada entre nosotros. Nos evitaremos problemas en el futuro.

—Por supuesto. Si tu consideras que es lo mejor... —Comenta Susana confusa.

—Me alegro de que lo entiendas y estés de acuerdo conmigo. Temía tu reacción. Esto también es muy difícil para mí. —Dice Tomás. —He preparado café y tostadas... Te esperaré abajo. —Y con esto Tomás se levanta y se marcha cerrando la puerta tras él.

Susana todavía sujeta la sábana fuertemente como si fuese un escudo que pudiese protegerla de sus sentimientos confusos mientras mira la puerta por la que acaba de desaparecer Tomás.

Cierra los ojos intentando desesperadamente quedarse de nuevo dormida. El sueño se muestra esquivo. Cuando abre de nuevo los ojos todo continúa como antes. Las sábanas revueltas todavía muestran el lugar junto a ella en el que pasó la noche Tomás. El aroma a café todavía se aprecia en la estancia. La conversación con Tomás no ha sido una pesadilla de la que poder despertarse. Ha sido real.

Como un bucle, Susana repasa los acontecimientos de la noche anterior para ver si malinterpretó algún gesto o alguna palabra, sin poder hallar nada. Una mezcla de tristeza, confusión y rabia se mezclan en su interior por no haberse dado cuenta de que lo que realmente él quería era sólo un rollo de una noche. Se repite una y otra vez que no debe hacerse ilusiones con el chico del que lleva enamorada en secreto desde que era una adolescente y confundir una amistad con el inicio de una relación romántica. ¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta! Vuelve a recitar.

Después de un buen rato dándole vueltas, decide que no está dispuesta a dejar que Tomás se dé cuenta del daño que le ha hecho con su reacción, por lo que, se levanta y se da una ducha frotando intensamente su piel en un intento desesperado de conseguir que el agua que resbala sobre su piel arrastre los recuerdos de esta noche y el malestar que invade su cuerpo. Hoy no le apetece ver a Tomás de nuevo, pero sabe que la está esperando para volver a casa y no tiene muchas más opciones para desplazarse hasta Santiago en este momento.

Susana seca su cabello cuidadosamente y se maquilla. Quiere presentar su mejor cara. Cuando sale, Tomás la está esperando sentado en uno de los escalones exteriores.

—¿No desayunas? —Pregunta Tomás al verla salir con la mochila al hombro.

—La verdad es que no tengo hambre. Prefiero que nos marchemos ya. Así podré aprovechar el día, de lo contrario llegaremos muy tarde a casa y ya casi no me dará tiempo a hacer nada.

—Bueno, aún no es mediodía. Podríamos parar a comer de camino a casa. —Propone Tomás.

—No. Todavía estoy cansada y quiero llegar pronto a casa. —Insiste Susana.

—Está bien. Iré a buscar mis cosas y las llaves del coche. —Tomás regresa al interior de la vivienda y se dirige al pasillo que lleva hasta su habitación.

Susana, mientras tanto, vuelve a admirar el paisaje que el día anterior tanto le gustó. Esta vez,

a pesar de que su belleza y espectacularidad continúan intactas bajo la luz del sol de mediodía, los sentimientos que despierta en ella no son los mismos de ayer. Hoy se mezclan en ella la tristeza y la decepción. Aspira por última vez los suaves olores que flotan sobre la brisa procedente del mar y se encamina hacia el coche sin esperar a Tomás.

La hora y media que dura el viaje de vuelta se hace larga. Muy larga. Susana pasa casi todo el viaje mirando a través del cristal de la ventanilla que está a su lado. Apenas cruzan algunas palabras durante el trayecto. Tomás intenta infructuosamente comenzar una conversación en varias ocasiones. Las escuetas respuestas de Susana provocan que todos sus intentos de diálogo fracasen. El viaje finaliza con una fría despedida cuando Tomás para un momento la furgoneta frente al edificio en el que viven y Susana abre la puerta y se baja despidiéndose con un rápido "hasta luego", dicho en un susurro. Luego se dirige apurada a la puerta de su edificio sin volver la vista atrás. Introduce la llave en la cerradura de la entrada y, justo cuando abre la puerta, escucha el sonido del coche de Tomás mientras se aleja.

Capítulo 8

"Importante: Reunión en el local de ensayo a las siete. No faltéis."

Susana pestañea y vuelve a mirar la pantalla de su teléfono móvil. Parece que las vacaciones del grupo han finalizado de forma anticipada. Apenas han pasado siete días desde el concierto en Viveiro. Se suponía que tenían dos semanas de vacaciones después de las intensas jornadas de ensayos que realizaron para participar en el festival.

Susana recoge la ropa sucia que ha utilizado hoy en el refugio y la introduce en una bolsa que guarda dentro de su mochila. Luego trata de realizar varios ejercicios para estirar los doloridos músculos de los brazos y la espalda. Hoy el trabajo ha sido intenso. Busca las llaves de su coche y se dirige hacia la entrada. Después de pasar varios días en casa de sus padres en una visita que había pospuesto debido a los ensayos con el grupo, hoy ha vuelto a Santiago a regañadientes. Se había comprometido a ocuparse de los animales durante el día de hoy ya que ningún otro de los voluntarios podía acercarse y no podía dejarlos tirados.

Estos días ha tenido tiempo para reflexionar. No puede estar huyendo siempre de Tomás. Le conoce desde hace demasiado. Probablemente por eso, su reacción después de pasar la noche juntos, le ha dolido todavía más. Después de darle muchas vueltas, cree haber entendido su razonamiento. Seguramente no querrá repetir los errores que ha cometido con Anna. Aun así, ella no es Anna y está dispuesta a demostrárselo.

Cuando Susana llega al garaje esa tarde, todos sus compañeros están allí, ensimismados, mirando la pantalla de un ordenador portátil situado sobre la pequeña mesa, junto a varias latas de cerveza y un paquete grande de patatas fritas a medio comer.

Susana siente la mirada de Tomás posarse sobre ella desde el momento en el que entra por la puerta.

—Susana, ven. Siéntate con nosotros. Tienes que ver el vídeo. Está colgado en YouTube desde hace un par de días. —Andrés levanta la cabeza de la pantalla que les tiene ensimismados y la anima a tomar asiento, mientras los chicos se apretujan para poder hacerle sitio en el pequeño sofá.

Dentro de la pequeña pantalla, en el video se observa un primer plano de Andrés, concentrado en golpear rítmicamente su batería. Luego la imagen muestra al público mientras realizan un wall of death. Posteriormente la cámara sigue a Susana, cantando y moviéndose sobre el escenario.

—Ahora viene lo mejor. —Tomás se levanta en cuanto finaliza el video y toma la palabra. —He recibido varias llamadas. Hay varios festivales interesados en contar con nosotros entre sus actuaciones.

—¡Genial! —Aplauden los componentes del grupo chocando las manos unos con otros.

—Todavía no he acabado. —Todos los componentes de la formación centran de nuevo su atención en Tomás. —Paul ha enviado los videos del concierto a su compañía discográfica. —Tomás hace una pausa para crear efecto. —Han llamado. —Tomás vuelve a hacer otra pausa. Ninguno de sus compañeros le quita los ojos de encima, deseosos de conocer el motivo de la llamada.

—¡Venga va! No nos dejes en ascuas. ¿Qué te han dicho? —Insiste Juan.

—Parece ser que han visto potencial en nuestro grupo y nos han hecho una oferta tentadora. El

grupo de Paul, Furious Black Beast, va a realizar una gira de conciertos por Europa durante los meses de Agosto y Septiembre y quieren que seamos sus teloneros. Ya sé que es algo precipitado...

—¡Sí, sí, sí! ¿Les habrás dicho que sí? —Interrumpe Nacho, inquieto, sin dejar terminar de hablar a Tomás.

—Bueno, todavía no les he contestado. —Comenta Tomás sonriente por el entusiasmo de Nacho. —Tenía que hablarlo antes con vosotros.

Andrés y Juan no lo dudan y aceptan al momento. El voto de Nacho ya está claro, ansioso como está por tocar con Paul.

Todas las miradas se dirigen ahora a Susana, que todavía no se ha pronunciado.

—Susana, ¿tu qué dices? —Pregunta Tomás.

—Bueno, yo... La verdad es que no sé si todavía queréis que siga formando parte del grupo o no. Esto, en principio, era un arreglo temporal. Entenderé si preferís buscar a otra persona.

—¡Bromeas! —Comenta Andrés girándose para mirar a Tomás. —¿De verdad vas a dejarla marchar? —Pregunta señalando a Susana.

—Susana, creo que a todos los aquí presentes nos gustaría que continuases formando parte del grupo. Indefinidamente. —Dice Tomás de forma solemne, mientras los demás asienten vigorosamente.

—Entonces yo también acepto. —Responde Susana sonriente.

—¡Genial! Les llamaré mañana. —Dice Tomás entre una ronda de aplausos, silbidos y gritos de júbilo. —Un momento, un momento... —Tomás intenta que disminuya el ruido para poder continuar su charla. —Todavía no os he hablado de las condiciones.

—¡Yo las acepto! Particularmente, iría gratis si me dejan estar con ellos sobre el escenario y tocar junto a Paul. —Comenta Nacho.

—Sólo el mero hecho de abrir sus conciertos nos va a suponer un buen empujón a nivel publicitario. Una publicidad como esa cuesta millones. —Expone Andrés.

—Cierto. Vamos a llegar a mucha gente que de otra forma probablemente nunca habría escuchado hablar de nosotros. —Asiente Tomás. —Por otro lado, lo he pensado mucho y creo conveniente establecer una serie de normas de convivencia entre nosotros. —Todos dirigen de nuevo su atención a Tomás. —Vamos a pasar muchos días juntos y bueno... es normal que aparezcan roces, pero no quiero que nuestras rencillas o problemas personales afecten a nuestro desempeño sobre el escenario. Así que he decidido que sería interesante establecer una serie de pautas de comportamiento. —Tomás saca varios papeles de una carpetilla y los reparte entre el resto de componentes del grupo, que los leen con curiosidad. —Estoy dispuesto a retocar cualquier norma de las que aparece ahí, o a añadir alguna nueva si creéis que es necesaria.

—Parecen razonables: "Llegar a la hora establecida a los conciertos" "No saltarse los ensayos ni las reuniones de grupo importantes salvo por causa justificada." "Evitar fomentar los enfrentamientos y peleas entre los miembros del grupo." ... —Juan continúa leyendo en voz baja. —¿¡"Prohibidas las relaciones sentimentales entre los componentes del grupo."! —Comenta Juan extrañado.

—Tranquilo Juan, puedes estar seguro de que no quiero nada contigo. No eres mi tipo. —Se burla Andrés, pasándole un brazo por los hombros.

—En cuanto a esa norma en concreto, ya sabéis lo difícil que fue la convivencia del grupo cuando estuve saliendo con Anna...

—Cierto, durante aquella época los ensayos eran horribles. A veces se parecían más a

conciertos de Pimpinela. Sólo se escuchaban las discusiones entre tú y Anna y no avanzábamos en la finalización y el ensayo de los temas. —Rememora Nacho.

—Bien. No quiero repetir de nuevo el mismo error. Crea mal ambiente y provoca tirantezas entre los miembros del grupo. —Explica Tomás.

—Yo estoy de acuerdo con las normas. —Asiente Nacho.

Los demás se mofan de alguna de las normas, pero también aceptan cumplirlas. Todo sea por mejorar la convivencia.

Los días siguientes transcurren de forma frenética. Reunión con representantes de la compañía discográfica, firma del contrato, ensayos, ... Por suerte, la discográfica es quien se encargará de reservar el transporte y los hoteles en las distintas ciudades por las que pasarán.

La gira comenzará en la capital Noruega ya que Oslo es el lugar de origen de uno de los componentes de Furious Black Beast. Un par de días más tarde celebrarán un concierto en Finlandia. Luego seguirán Düsseldorf, Amsterdam, Stuttgart, Munich, Amberes, Luxemburgo, Paris, Milán, Leeds, Glasgow, Birmingham, Viena, Budapest, ...

Ocho semanas de trabajo intenso con conciertos varios días seguidos, sin apenas descansos.

Capítulo 9

Susana ojea el reloj y apura su café mientras su madre la mira con los ojos llorosos. De vez en cuando remueve el Cola Cao que pidió para desayunar, a pesar de que ya está frío. No lo ha probado. Tampoco los dos churros que reposan sobre una pequeña bandeja a su lado. Su padre sin embargo no para de hablar. Las aventuras que vivió en las diversas ciudades que visitó mientras trabajaba en un buque mercante son su tema de conversación favorito, sobre todo cuando está nervioso. Hoy ha comenzado a contarle a Susana sus vivencias en Australia desde el mismo momento en que al poner un pie fuera de su habitación, se la encontró por el pasillo, de camino al baño, todavía medio dormida. Su tema de conversación no ha variado desde hace tres horas, señal inequívoca de que su estado de inquietud.

—Cuidate. —El susurro de su madre interrumpiendo el monólogo de su padre parece casi una súplica.

—Mamá, no te preocupes. Estaré bien. —Dice Susana mirándola con cariño y extendiendo el brazo para entrelazar sus dedos con los de su madre.

—Ya lo sé. ¡Si no estoy triste! ¡Tu primera gira! No sabes lo contenta que estoy de que por fin puedas cumplir tu sueño, aunque no sea en la ópera. Pero todavía sigues siendo mi niña y me preocupo mucho cuando te vas. —Comenta su madre limpiando con un pañuelo de papel que ha sacado del bolsillo, un par de lágrimas que resbalan por su rostro.

—Tranquilos. Os llamaré todos los días. —Asegura Susana. —Aunque sólo sea para decir "hola, hoy me he despertado en esta ciudad y está lloviendo o hace sol". —Sonríe Susana. —Además, podréis venir a visitarme cuando tenga un par de días libres y descubriremos la ciudad en la que esté en ese momento.

Su madre suspira y su padre retoma el hilo de la historia que estaba contando.

—¡Susana! —Andrés se acerca corriendo por el pasillo. Cuando llega junto a ellos, saluda a los padres de Susana y se sienta en una silla que está vacía.

—¿Dónde está tu batería? ¿No tienes que facturarla? —Pregunta Susana al verle sólo con una mochila.

—Ya está todo arreglado. Estaría más tranquilo si pudiera llevar la batería conmigo en la cabina pero me han dicho que es imposible. —Comenta Andrés con cara de preocupación. Susana sonríe ante la ocurrencia de su compañero. —He venido temprano para dejarlo todo listo. Llevo aquí un buen rato.

Susana levanta la vista y observa al resto del grupo que se acerca. Levanta su mano y les saluda. Tomás la ve enseguida y se acerca seguido de Juan y Nacho. Varios familiares y amigos han acudido al aeropuerto para despedirse de ellos y desearles suerte.

Llegan a Oslo después de hacer una escala en Madrid de un par de horas. Allí les está esperando una persona de la discográfica que les acompaña hasta el hotel en el que han reservado las habitaciones para un par de noches. El concierto se celebrará al día siguiente.

—¿Alguien se apunta a explorar la ciudad? —Pregunta Andrés dejando su maleta frente a la puerta de la habitación que le han asignado.

—Yo me apunto. —Responde Susana. —Siempre he querido visitar Noruega. No puedo volver diciendo que la he visto sólo desde el avión.

—Ehh, contad conmigo también. —Añade Nacho abriendo la puerta de su habitación antes de desaparecer dentro de ella arrastrando su maleta.

—Y conmigo. —Apunta Juan.

—Tomás, ¿tú no vienes? —Pregunta Andrés.

—He quedado con un representante de la discográfica. Si acabamos pronto me uniré a vosotros. Si no llego a tiempo, acordaos de que mañana por la mañana tenemos reunión con los componentes de Furious Black Beast. ¡No quiero que demos mala impresión llegando tarde el primer día! —Recuerda Tomás empujando la puerta de su habitación y cerrándola detrás de él.

—Sí papá. Volveremos temprano a casa. —Se burla Juan. —Bueno, ¿qué os parece si quedamos en el vestíbulo en tres cuartos de hora?— Comenta dirigiéndose a los demás, que todavía están en el pasillo.

—Perfecto. —Dice Andrés. —Nos vemos abajo.

Capítulo 10

Susana escoge entre su ropa el conjunto que lucirá esta noche durante el concierto. Le gusta dejar preparado su vestuario de antemano, así no perderá el tiempo buscando algún complemento que no encuentra y si encuentra algún roto que había pasado desapercibido tendrá tiempo para arreglarlo. Le encanta el vestuario que ha elegido para la gira. A pesar de contar con poco tiempo para organizarlo, recurrió a su amiga Zaida, que ha estudiado diseño de moda. Le pidió varias ideas para el vestuario que luciría durante la gira. Zaida trabaja como dependienta en una tienda de ropa y en sus ratos libres diseña y cose conjuntos que luego promociona y vende a través de su canal de YouTube, Facebook e Instagram. En pocos días ha creado especialmente para ella varios conjuntos que le encantan.

Hoy le apetece llevar algo que le recuerde a un atuendo vikingo. Después de dudar entre un par de conjuntos, se decide por un vestido negro casi hasta la rodilla con falda en dos capas rematadas a distintas alturas combinado con un cinturón ancho y unas botas de media caña.

Un par de golpes suenan en la puerta de Susana cuando está acabando de colocar sus cosas.

—Venga dormilones. Es hora de desayunar. —La voz de Tomás resuena en el pasillo.

Susana abre la puerta y se encuentra a Tomás tocando la puerta de Nacho. Uno tras otro, sus compañeros van apareciendo, salvo Nacho, que se resiste a abrir la puerta y no ha contestado a la insistente llamada de Tomás.

—¿Estará en la ducha y no te escucha? —Dice Juan pegando su oreja a la puerta de la habitación de Nacho para intentar escuchar si hay ruido dentro.

—No creo. Le llamé hace ya más de media hora por un tema de su primo y tampoco contestó. ¿Pero qué hicisteis anoche? —Tomás se gira interrogando a los presentes.

—A mí no me mires. Qué más quisiera yo que haberme quedado hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, pero estaba casi todo cerrado. Suerte que al menos encontramos un restaurante con la cocina todavía abierta y pudimos cenar. No había ni un mísero pub abierto. —Se queja amargamente Juan. —¡Sería incapaz de vivir en un lugar como este!

La puerta de Nacho se abre de repente y aparece con unos grandes auriculares conectados al móvil en el que rebusca con maña usando sólo el dedo pulgar. Cierra la puerta con la mano que tiene libre y levanta la vista para encontrarse a todos sus compañeros mirándole.

—Tíos, tenéis que escuchar esto. Es de un nuevo grupo de Dinamarca. Este sonido es genial. —Comenta sacándose los cascos y colocándolos alrededor de su cuello. —Me ha enviado el enlace un amigo. ¡Llevo toda la mañana escuchándolos!

—¡Anda! ¡Y nosotros preocupados pensando que te había pasado algo! —Dice Juan echando a andar por el pasillo. —¿Bajamos? Tengo hambre.

El desayuno se sirve en la primera planta. Descienden escuchando las melodías del grupo que ha descubierto Nacho y, después de desayunar, piden un taxi para dirigirse a casa de Sven, el cantante noruego de Furious Black Beast, que les ha invitado a comer y donde van a conocer a los componentes del grupo para el que harán de teloneros.

El taxi se para frente a una bonita casa blanca situada en la ladera de una colina. Está rodeada de un cuidado jardín y cuenta con unas impresionantes vistas a los fiordos. Timbran y al cabo de unos segundos se abre la puerta y aparece un chico rubio. Su melena roza suavemente sus hombros

cuando mueve la cabeza para mirar uno a uno a todos los presentes. Una incipiente barba rubia se aprecia sobre su mandíbula que ahora muestra una sonrisa sincera.

—¡Hola! ¡Bienvenidos! —Saluda el recién llegado en español con una pronunciación un poco extraña. —Mi nombre es Sven. Por favor, pasad. Estáis en vuestra casa. —Continúa hablando, cambiando al inglés.

Sven les invita a pasar al salón. Allí están ya reunidos la mayor parte de los componentes del grupo y algunas otras personas que resultan ser su manager y personal de apoyo que realizará con ellos el tour. A pesar del nerviosismo y la mezcla de idiomas, la tarde se hace corta y pronto llega el momento de tener que trasladarse a la sala de conciertos.

Un par de horas antes de la actuación, rodean el Spektrum Arena de Oslo, donde se celebrará el concierto de hoy, en una furgoneta alquilada por personal de la organización. El edificio es espectacular y tiene capacidad para algo más de nueve mil personas. Al llegar, observan desde el coche una gran fila de público que se agolpa frente a la entrada.

—¡Vaya! Y yo que ayer pensé que no les gustaba la fiesta. ¿Quién lo diría? —Comenta Juan mirando estupefacto a través de la ventanilla del coche la kilométrica cola de personas esperando entrar en el Spektrum Arena.

—Pues parece que sí les gusta. No creo que hayan venido sólo para ver el decorado. —Contesta Andrés. —Furious Black Beast es uno de los grupos más importantes en esta zona. Lo interesante va a ser ver su reacción cuando aparezcamos nosotros. Espero que no nos tiren huevos.

—Habrá que empezar fuerte para intentar metérselos en el bolsillo. —Contesta Tomás mientras mira por la ventanilla. —Ya sabéis que hoy tenemos poco más de media hora de concierto para impresionarlos. Siete canciones para darnos a conocer.

—¡Qué presión! —Comenta Nacho nervioso.

—¡Venga! No tenemos nada que perder. —Anima Tomás. —Y tenemos mucho que mostrar.

Susana mira por la ventanilla del coche nerviosa, incapaz de concentrarse en la realización de los ejercicios de respiración que la ayudan a tranquilizarse. Tomás ha estado toda la tarde pendiente de ella. Pequeños gestos con los que intenta que se relaje y tenga confianza en sí misma, aunque ella, por el momento, intenta apartarse lo máximo posible de él y evita momentos en los que pueden quedarse a solas.

En cuanto entran, uno de los ayudantes les lleva a través de los pasillos hasta la parte trasera del escenario. Susana escoge uno de los camerinos. Se cambia y se maquilla con parsimonia. Esta vez no se ha olvidado de su pañuelo de la suerte, que anuda cuidadosamente en una de sus muñecas a modo de brazalete, ni del talismán que le regaló Tomás, que cuelga de su cuello desde esta mañana. Al acabar, se mira de nuevo al espejo buscando imperfecciones en aspecto. Recoloca el cinturón al que ha dado dos vueltas alrededor de su cintura y cepilla sus botas para que luzcan más lustrosas. Finalmente, reparados esos dos pequeños defectos que encontró en su vestuario, vuelve a mirarse al espejo. Todo parece estar perfectamente colocado.

Inspira hondo, todavía mirándose al espejo, y suelta el aire despacio. Repite de nuevo este ritual varias veces. Ahora ya no es Susana, hija de Delia y José, aspirante frustrada a cantante de ópera. Hoy debe representar otro papel. Susana, cantante del grupo Wild Wish, y, frente al público, debe realizar la mejor interpretación de su vida.

Decidida, Susana abre la puerta y sale al pasillo. Observa a Tomás que se acerca por el corredor.

—Hola —Tomás la mira dulcemente. —Venía a ver cómo estás. ¿Nerviosa?

—No. Hoy no. —Asegura Susana, levantando instintivamente la mano cuya muñeca luce el pañuelo color mostaza para tocar el trisquel que cuelga de su cuello.

—Disfruta del momento.

—Eso pretendía. ¿Quién sabe? Hace unas semanas todo esto parecía imposible. Ni siquiera soñábamos con estar aquí. De hecho mis sueños eran completamente distintos. —Comenta Susana mirando a su alrededor. —Ha sido todo tan rápido. —Suspira. —Puede que no volvamos a vivir esta experiencia o puede que realicemos muchas más giras. Es imposible saberlo, así que he decidido dejar de preocuparme por cosas que no puedo controlar, vivir la vida intentando saborear cada momento y disfrutar al máximo de esta experiencia.

—Me gusta tu forma de verlo. —Sonríe Tomás guiñándole un ojo. —¿Vienes a la sala? Los demás ya están allí reunidos. Saldremos en unos minutos.

Juntos, se dirigen a una especie de sala de reunión en la que les espera el resto del grupo. Cuando llegan ven a algunos de los componentes de Furious Black Beast que ya están en la sala junto a personal de apoyo que les acompaña durante la gira. Sobre una de las mesas hay bebidas y tentempiés salados y dulces con los que poder saciar el apetito. Susana declina comer cuando una chica se acerca sujetando una bandeja de canapés. Sin embargo, sí acepta un botellín de agua que le ofrece Tomás.

—Hora de salir chicos. —Dice uno de los realizadores asomando la cabeza por la puerta. —El escenario es todo vuestro. El teatro está a rebosar. ¡Suerte!

El grupo se dirige al escenario y cada uno se coloca en su lugar. Susana contempla al público desde su privilegiada posición sobre el escenario. A lo lejos observa hileras de filas con butacas llenas de gente. Frente al escenario, de pie, un nutrido grupo de personas se agolpa deseando ver a su grupo favorito, Furious Black Beast. Al verles salir, al principio se oyen algunos gritos entre el público que corean el nombre de la banda principal. Poco a poco los gritos se van apagando al comprobar que no son la banda que esperaban. Ahora les miran curiosos y observan sus movimientos sobre el escenario.

Las luces de las gradas se atenúan y sobre una pantalla gigante en la parte trasera del escenario aparecen con letras de fuego el nombre de Wild Wish. El espectáculo debe comenzar.

Susana saluda al público en noruego, intentando pronunciar lo mejor posible las palabras que le ha enseñado Sven durante la tarde. Pronto, empieza a sonar la música.

Durante la intervención de Nacho con la gaita, Susana aprovecha para tomar unos sorbos de agua en la parte trasera del escenario, donde ha dejado su botellín de agua. Parte de los componentes del grupo Furious Black Beast y su equipo observan curiosos la actuación desde los laterales del escenario.

—Susana, tienes una voz preciosa. —Dice Sven acercándose por la parte trasera del escenario hacia donde está ella. —Sabes, me encantaría cantar a dúo contigo una de nuestras canciones.

—Me parece una idea estupenda. —Comenta Susana mirando de reojo la actuación de Nacho, que está a punto de finalizar. —Disculpa, tengo que continuar. ¡Ya hablaremos!

Sven sonríe mientras observa a Susana alejarse en dirección al centro del escenario, sujetar su micrófono y continuar con la actuación.

Durante algo más de media hora, el público pasa de la fría e indiferente acogida inicial a estar completamente entregado a los ritmos de Wild Wish.

Capítulo 11

La habitación de Tomás pasa a ser el lugar de reunión oficial del grupo, tanto para discutir el desarrollo del concierto y ver en qué se puede mejorar, como para organizar los desplazamientos, crear nuevas canciones, valorar las alineaciones de los últimos partidos de fútbol o hablar del tiempo.

—Deberíamos conseguir uno de esos autobuses con literas, sofás y cocina que usan las bandas durante las giras. Así no tendríamos que estar haciendo y deshaciendo la maleta cada día. ¡Es agotador! —Dice Juan, dejándose caer pesadamente sobre la cama todavía deshecha de Tomás.

—Tío, acabamos de empezar y ya estás quejándote. ¡Pero si sólo has abierto la maleta una vez desde que llegamos! —Responde Andrés.

—Uff... ¡Demasiadas! Sólo de pensar que ahora tengo que meterlo todo de nuevo y volver a abrirla dentro de unas horas me dan sudores. —Comenta Juan levantando el brazo para pasar la manga por la frente, intentando secar un sudor imaginario.

—¡Qué exagerado eres! —Comenta Andrés.

—¡Hola! —Dice Susana asomando la cabeza por la puerta. —¿Es aquí donde se celebra la asamblea general de esta mañana? —Susana entra en la habitación con el móvil en la mano.

—Aquí hacemos de todo. ¿Quieres jugar al Monopoly conmigo? Ninguno de los demás se anima. —Responde Nacho abriendo la tapa de una caja que tiene al lado.

—¿Te has traído el Monopoly de gira? —Pregunta Susana.

—Pues claro. En algo hay que matar el tiempo y tengo que practicar para ganarle a mi sobrino. No sé cómo lo hace, pero siempre me lleva a la quiebra y eso que sólo tiene nueve años.

—Manudo crack. Voy a tener que pedirle que lleve las cuentas del grupo. —Bromea Tomás uniéndose a la conversación, sentado delante del escritorio con su ordenador portátil abierto frente a él.

—Uff... Hoy no puedo. He quedado con Sven. Pero jugaré contigo encantada en otro momento. De hecho se me da bastante bien. Te voy a enseñar unos cuantos trucos con los que podrás ganar a tu sobrino con la gorra. —Responde Susana sonriente.

—¡Una profesional del ! ¡Genial! Tendré la libreta y el boli preparados para tomar notas. —Dice Nacho.

—¿Has quedado con Sven? —Pregunta Tomás, levantándose y acercándose a Susana.

—Sí. Vamos a preparar la canción que cantaremos juntos en la próxima actuación.

—Ya sabes que nuestro avión sale dentro de un par de horas para Finlandia. No tenéis mucho tiempo para ensayar. —Responde Tomás comprobando la hora en su reloj.

—Lo sé. Me ha propuesto viajar con ellos hasta Finlandia. Su avión sale mañana por la mañana, así tendremos toda la tarde para practicar y podremos cantarla en la actuación de mañana. ¿No teníamos nada importante que hacer esta tarde verdad?

—¡Claro que no! Diviértete. Sven parece un chico estupendo. Me encanta esa melena lisa al viento, esa pequeña perilla rubia que lleva y ese aire rudo, como de guerrero vikingo. ¿A qué sí Tomás? —Dice Andrés levantándose de la silla para acercarse a ellos y dándole un codazo en las costillas a Tomás, que le lanza una mirada asesina a la vez que se lleva una mano a la dolorida zona en la que ha aterrizado el codo de Andrés. —No incumple ninguna de las normas que has

establecido.

—Sí claro. No hay ningún problema. —Asegura Tomás frotando su pecho.

—¡Nos vemos mañana! —Susana se despide y cierra la puerta.

Tomás se queda unos segundos mirando la puerta por la que acaba de desaparecer Susana.

—¿Vas a dejarla escapar? —Pregunta Andrés palmeando la espalda de Tomás.

—No sé de qué me estás hablando. Susana es libre de hacer lo que quiera con quien quiera. —

Responde Tomás saliendo del trance en el que estaba y dirigiéndose al ordenador que había dejado abierto sobre el escritorio de la habitación todavía sujetando su costillar izquierdo.

—No creerás que no hemos visto cómo la miras. Como no espables se la va a acabar llevando el vikingo. —Insiste Andrés.

—Con esa perilla rubia y ese aire de rudo guerrero vikingo no creo que le interese a ninguna mujer. —Se burla Juan recostándose sobre la cama de Tomás.

—¡Queréis parar! Creo que veis demasiadas telenovelas. Además, esto no es un consultorio sentimental. —Tomás se revuelve, dándoles la espalda e intentando centrar de nuevo su atención en la plantilla excel que asoma a la pantalla de su ordenador.

—Lo que tú digas. —Responde Andrés. —Seguramente la llevará a comer a alguno de los restaurantes de moda del centro y aprovechará para enseñarle Oslo. —Comenta Andrés casualmente, mirando de reojo a Tomás, que resopla, pero no dice nada.

Capítulo 12

Susana acaba de tararear las últimas estrofas de la canción que lleva practicando desde el día anterior. Se saca los auriculares y apaga la música que estaba sonando en su móvil. Después de escucharla tantas veces espera no equivocarse esta noche durante la actuación. No es una canción complicada en cuanto a técnica vocal, pero parte de las letras están en sueco, un idioma que desconoce, por lo que le resulta complicado acordarse de las letras. Ojea la pantalla central del taxi en el que viaja. Los grandes números color verde indican que ya son las dos de la tarde. Luego comprueba su reloj, que insiste en decir que es exactamente una hora menos. Pulsa varios botones y lo adelanta para ajustarse al huso horario de Finlandia, una hora más que en Noruega. No quiere hacer esperar a sus compañeros cuando salgan en dirección a la sala de conciertos por no haber recordado cambiar la hora. El taxi que la trae desde el aeropuerto se para frente al hotel que les han reservado en Finlandia. El conductor le ayuda amablemente a descargar las dos maletas con las que viaja. Susana ajusta el bolso en uno de sus hombros, sujeta sus dos bultos y se adentra en el hotel.

—¡Hola Susana! ¿Qué tal con el vikingo? —Pregunta Nacho en cuanto entra por la puerta, cómodamente sentado en uno de los sofás situados a un lado de la puerta principal.

—¿Sven? Oh, es un chico encantador. —Dice Susana acercándose hasta él para sentarse en uno de los sofás libres que están a su lado. —Hemos estado ensayando y por la tarde me ha enseñado las partes más bonitas ciudad. Una pena que no tuviésemos tiempo para dar un paseo en su barco y ver el fiordo de Oslo. Por la noche me ha invitado a cenar en un restaurante precioso. Estaba justo al lado del mar, en el puerto.

—¿Todavía estáis aquí? —Interrumpe Tomás acercándose con paso apurado a los sofás en los que charla distendidamente el grupo. —Recordad que salimos dentro de una hora y el tiempo pasa muy rápido. —Comenta Tomás señalando su reloj.

—¿Qué le pasa? —Pregunta Susana en cuanto se aleja.

—Creo que hoy se ha levantado con mal pie. —Comenta Nacho mirando a Tomás dirigirse hacia a los ascensores. En cuanto llega allí, pulsa repetidamente el botón mirando impaciente el reloj. Al cabo de apenas unos segundos de espera, al ver que no se abren las puertas, sube por las escaleras.

—Yo diría que a Tomás no le cae muy bien el vikingo. —Dice Andrés que se ha acercado hasta ellos y se sienta en otro de los sofás.

—¿Por qué? Es encantador. —Responde Susana.

—Es una teoría mía. Me ha dado la impresión de que no le caen demasiado algunos nórdicos. — Responde Andrés agarrando un periódico de una pequeña mesa baja que está a su lado. Lo abre y ojea las páginas con parsimonia. —No le des importancia. Seguramente es sólo una tontería. —Comenta levantando la vista del papel para mirar a Susana.

La sala de conciertos está rebotante de gente. El público vuelve a mostrarse frío al inicio de su actuación y entregado en cuanto finalizan.

Al acabar su actuación, se despiden del público entre aplausos y vítores y se dirigen a la parte trasera del escenario, donde se cruzan con el grupo principal que sale al escenario. Susana vuelve a colocarse sus auriculares y se detiene un momento para buscar entre las canciones que almacena

su móvil la que ha ensayado con Sven.

—Susana, ¿vienes a comer algo? —Pregunta Tomás al ver que Susana se ha quedado atrás.

—Iré en un momento. Quiero practicar una última vez la canción que debo cantar con Sven. Me ha dicho que será la cuarta que canten. Tengo unos 15 minutos para escucharla un par de veces.

—Tranquila. Lo harás genial. —Dice Tomás acercándose a ella.

Susana expira, nerviosa.

—Sven me ha dicho que mi pronunciación del sueco es aceptable. No sé si ese adjetivo es bueno o malo. —Comenta Susana con una risa nerviosa.

—Ya sabes que la práctica hace la perfección. No puedes pronunciar perfectamente si has empezado a ensayar en sueco ayer. Además, a veces lo importante no es que se entiendan al cien por cien las palabras, ya que cada uno otorga a los sonidos su propia impronta. Las letras cantadas por ti suenan con una armonía especial y rica en matices, una cadencia particular que la hace única. Seguramente Sven ha visto esto mismo en ti, por eso ha querido compartir contigo una canción.

—¿Tu crees? No sé. Estoy tan nerviosa. —Suspira Susana.

—Vamos, esperaré contigo. —La anima Tomás. —Estoy deseando verte cantar en sueco.

Al cabo de unos minutos, el realizador avisa a Susana de que la canción va a comenzar. Toma el micrófono que le tiende y espera entre bambalinas hasta que los primeros acordes de la canción empiezan a sonar. Sven comienza su parte de la letra.

Susana sale al escenario desde uno de los laterales en el que había estado esperando. Cuando llega a la parte delantera del escenario, Sven se gira para mirarla, le tiende la mano y comienzan a cantar a dúo. Susana comienza insegura, pero conforme se desarrolla la canción, se va dejando llevar y finaliza con un solo abrumador en el que muestra parte de sus dotes operísticas.

La canción a dúo de Susana y Sven resulta un auténtico éxito. El público aplaude con fervor. Susana se retira del escenario después de realizar una reverencia, entre los aplausos del público y los componentes de Furious Black Beast.

Conforme pasan los días, el público que asiste a los conciertos comienza a conocerles. Les reciben con vítores, corean el nombre del grupo y se saben las canciones, cantando junto a ellos las partes más pegadizas.

Las visitas a su canal de youtube suben como la espuma. Diferentes medios desean realizar entrevistas al nuevo grupo que está arrasando en los conciertos y subiendo en las listas de ventas de varios países de Europa.

Capítulo 13

—Mmmmm... Susana... Ven... Acércate... —Tomás se revuelve, dormido, entre las sábanas del hotel en el que se alojan durante su estancia en la capital francesa.

—¡¡¡Susana!!! ¡¡Olvídate de Susana!! —Los agudos chillidos despiertan de golpe a Tomás, que abre los ojos e intenta incorporarse de la cama pero le resulta imposible. Sus muñecas están atadas al cabezal de la cama impidiéndole moverse. Frente a él, una mujer rubia, con un cuidado pelo liso que le llega un poco más abajo de los hombros y la cara completamente desencajada por la rabia agita en una de sus manos una pequeña llave. Vestida con un corto negligé rosa a través del que se aprecia todo su cuerpo está arrodillada sobre la sábana mirándolo fijamente.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? ¡Suéltame y sal de mi habitación ahora mismo! —Dice Tomás enfurecido.

—Te encanta dar órdenes, ¿verdad? Sin embargo, hoy soy yo quien manda, ¿no lo ves? —Comenta agitando frente a él la llave. —¿Cómo iba a entrar? No digas tonterías... —Dice la intrusa adoptando un tono más sensual mientras se acerca caminando a gatas sobre las sábanas hacia Tomás. —Por la puerta. Estaba abierta.

—No, no lo estaba. —Responde Tomás tajante, mientras intenta tirar inútilmente del cabezal de la cama para liberar sus muñecas y apartarse de ella.

—Bah, no deberías preocuparte de eso. Son minucias. Lo importante es que ya estoy aquí para salvarte.

—¿Salvarme? No estoy muy seguro de por qué crees que necesito salvarme. —Responde Tomás apartando unos centímetros su cuerpo de ella.

—No te preocupes amor... Yo te lo explico. Necesitas que te rescate de la voz de esa cacatúa. Hundirá vuestra carrera y conmigo tenéis un futuro muy prometedor.

—Un momento. A ver si lo he entendido bien. Necesitas salvarme de... ¿Susana? —Pregunta Tomás incrédulo.

—Pues claro. Junto a mí vuestro grupo alcanzará el estrellato en breve. Utilizaré mis contactos para que todas las radios europeas promocionen nuestra música... Qué digo europeas, llegaremos a todas las radios del mundo. Os harán entrevistas en los programas con más audiencia. Tendremos las canciones más reproducidas. Nos lloverán premios y millones.

—Vale, vale,... Tiene sentido lo que dices. —Comenta Tomás, intentando seguirle el juego. —Pero tengo que hablarlo con el resto de componentes, no es algo que pueda decidir yo sólo. Dame un momento que iré a avisarlos. Antes tienes que soltarme claro.

La desconocida se acerca de forma sensual a la cabecera de la cama, acaricia con las yemas de los dedos uno de los brazos de Tomás y desabrocha una de las esposas. Tomás se pone en pie y se cubre con la toalla que había dejado en el suelo la noche anterior después de ducharse.

La extraña le sigue a poca distancia mientras Tomás ajusta la toalla a su cintura y sale de la habitación sin perderla de vista. En la pequeña sala anexa con la que cuenta la habitación que le han asignado durante la estancia en París, busca un teléfono con el que poder avisar a la recepción o su móvil, pero no consigue recordar donde lo dejó la noche anterior.

—Estoy segura de que los demás no pondrán impedimento en cuanto les digas que les haré millonarios. Claro está que reservaremos para nosotros la mejor parte. Solos tú y yo.

Tomás, que ya ha alcanzado la puerta de entrada, la abre con intención de salir al pasillo a pedir ayuda. Justo cuando se da la vuelta para salir escopeteado se encuentra a Susana en el umbral.

—Vaya, iba a llamar a la puerta. Necesito hablar contigo.

—Susana, este no es buen momento. —Tomás mira de reojo hacia atrás y luego toman su mano e intenta arrastrarla con él para que no entre en la habitación.

Susana, al ver a Tomás escasamente vestido, con unas esposas tapizadas de una tela color fucsia colgando de una de sus muñecas y comportándose de forma extraña, no puede evitar levantar la cabeza y echar un vistazo dentro.

—Lo siento. No sabía que tenías compañía. —Comenta Susana dolida al ver a una mujer de espaldas, mirando por la ventana, vestida sólo con un negligé.

—Ahhh, eres tú. Pasa, pasa. Tenemos que comunicarte una noticia importante. —La extraña se gira hacia la puerta al escuchar la voz de Susana. —Yo voy a ser la nueva cantante del grupo. Ya puedes recoger tus cosas y marcharte. No te necesitamos más. —Comenta acercándose a ellos.

—Susana, vámonos. Esta mujer está loca. Tenemos que llamar a recepción para que avise a la policía. —Susurra Tomás nervioso, interponiéndose entre ellas por temor a que la desconocida pueda causarle algún daño.

—Hola Marguerite. —Saluda Susana.

—¿La conoces? —Pregunta Tomás mirando de una a otra, ojiplático.

—Por desgracia. —Suspira Susana. —Es Marguerite Dubois, una vieja conocida. Me la encuentro cada vez que mi carrera profesional empieza a tomar forma, y cada una de esas veces consigue que mi carrera se tambalee. —Comenta Susana. —Marguerite, veo que ahora has decidido abandonar la ópera para dedicarte al metal sinfónico. —Dice Susana dirigiéndose a Marguerite.

—Sí, he decidido darle un nuevo enfoque a mi carrera profesional. Ya sabes que me gusta explorar nuevos campos y nuevos cuerpos. —Comenta mirando a Tomás y mordiéndose sensualmente el labio inferior.

—¿Y qué pasa con Falstaff? El ciclo de representaciones todavía no ha finalizado y tú eras la protagonista.

—Bahh... He presentado mi renuncia. Era insoportable. Ese director todo el día diciéndome lo que tengo que hacer y cómo tengo que hacerlo. No me dejaba espacio para la creatividad. He intentado que lo echasen pero fue imposible, así que decidí marcharme yo.

—Deberías probar a escribir tu propia ópera y dirigirla. De esa forma podrías representarla a tu gusto.

—Si, puede que lo haga algún día lo haga. De todas formas, después de pensarlo mucho, creo que la ópera es un género desfasado y he decidido experimentar con algo más actual. Este proyecto de metal sinfónico que voy a crear junto a Tomás inspirará a millones de personas y creará tendencia en todo el mundo. —Comenta mientras apoya su mano sobre el hombro de Tomás, que se revuelve hasta quedar libre.

—Está bien. Me has convencido. Tu oferta es muy tentadora, por eso voy a hablar con los chicos ahora mismo. Seguro que la aceptan de inmediato. —Responde Tomás ansioso por finalizar la conversación.

—¿De verdad vas a cantar con esa? —Pregunta Susana incrédula. —Está bien. Os dejo. No quiero saber nada más de esto. Por cierto, jamás creí que pudieras caer tan bajo como para acostarte con ella Tomás. —Dice Susana dándose la vuelta y dirigiéndose apresuradamente hacia

su habitación.

—Susana, ¡espera! —Tomás sale tras ella sujetando su toalla que se empeña en no mantenerse en el sitio y deslizarse cada vez que da un paso.

—Déjala ir. No vale la pena. —Marguerite sale tras él y le abraza atropelladamente.

—Está bien. Espérame aquí en la habitación. Vuelvo enseguida. —Comenta Tomás desembarazándose de ella y dirigiéndose hasta el ascensor.

Los escasos 20 segundos que tardan las puertas en abrirse se hacen eternos. Tomás dirige una mirada hacia la puerta de su habitación. Marguerite le observa apoyada en el marco de la puerta y aprovecha que Tomás la mira para lanzarle un beso.

La puerta se abre y Tomás se lanza al interior de la cabina pulsando el botón que le llevará hasta la planta baja.

Acostumbrado a todo tipo de situaciones, el recepcionista no se inmuta cuando un hombre cubierto simplemente con una toalla y con unas esposas fucsias colgando de una de sus muñecas le pide que llame a la policía porque una desconocida se ha colado en su habitación.

—Ahora mismo llamo a la policía. Dice usted que se le ha colado una mujer en su habitación, ¿verdad? —El recepcionista levanta el auricular y procede a realizar la llamada que le han solicitado. —¿Por casualidad sabe cómo se llama esa mujer?

—Sí, dígame que se llama Marguerite Dubois. —Apunta Tomás. El recepcionista levanta la cabeza y lo mira abriendo mucho los ojos. Luego cuelga apresuradamente el auricular.

—Tiene que disculparme un momento. Tengo que realizar una llamada de forma urgente. —Comenta nervioso, mientras levanta de nuevo el auricular y marca unas teclas rápidamente. Después de unos segundos sin respuesta vuelve a colgar y sale de detrás del mostrador.

—Pero yo quiero que llame a la policía. Hay una intrusa en mi habitación. —Insiste Tomás al ver que hace ademán de marcharse.

—Sí. No se preocupe. Resolveremos su incidencia a la mayor brevedad posible.

El recepcionista se marcha corriendo en dirección a las escaleras, que sube apresuradamente de dos en dos.

—No puedo creerlo... —Murmura Tomás mirándole subir las escaleras al galope.

Al cabo de unos minutos, se escuchan unas voces procedentes de la escalera. Un hombre de unos sesenta años aparece seguido de cerca por el recepcionista. Vestido con un pijama de seda azul claro con rayas verticales de un color azul más oscuro, intenta cerrar la bata con la insignia del hotel que parece haberse colocado a toda prisa. Cuando llega a la altura del mostrador frente al que se encuentra Tomás, el recién llegado le examina de arriba abajo. La desaprobación que experimenta se hace patente en la mueca que transforma su cara.

—¿Dice usted que mi hija se ha colado en su habitación? —Exclama el recién llegado mientras el recepcionista vuelve a ocupar su lugar detrás del mostrador sin decir ni una palabra.

—¿Su hija? Yo no sé quién es su hija y no entiendo por qué ha bajado. ¿Es usted policía?

—Yo soy el director del hotel. —Responde haciendo patente su autoridad.

—Bien. Necesito que llame a la policía. Una mujer se ha colado en mi habitación.

—¿Se ha aprovechado usted de la inocencia de mi hija?! —Grita el recién llegado.

—¿Pero de qué habla este hombre? ¿Se ha vuelto loco? —Pregunta Tomás dirigiéndose de nuevo al mostrador para hablar con el recepcionista. —Le he dicho que llame a la policía. Este hombre se ha vuelto loco y hay una mujer desnuda en mi habitación.

—Quiero que salga de mi hotel inmediatamente. —Grita el recién llegado. —André, llame a seguridad y dígame al botones que suba a recoger las pertenencias de este sujeto. No quiero volver

a verle más. Tiene usted prohibida la entrada a todos mis hoteles. ¿Me ha entendido? —Dice dirigiéndose a Tomás. —Si vuelvo a verle aparecer por aquí o a escuchar mencionar este asunto le denunciaré por intentar violar a mi pobre hija.

—No me lo puedo creer. Esto no puede estar pasando. —Comenta Tomás sujetando la toalla que se escurre por su cadera con una mano mientras se pasa la otra mano por la cara, intentando despertarse de esta pesadilla.

Al cabo de unos segundos llegan un par de personas que parecen ser el personal de seguridad. Mediante un empujón nada amistoso le animan a dirigirse a un cuarto situado en la zona trasera de la planta baja. Allí permanece durante unos minutos hasta que un par de botones aparecen con su maleta y una bolsa con el nombre del hotel llena con sus pertenencias. A pesar de insistir en que le dejen vestirse, el personal de seguridad le saca del hotel a través de una puerta trasera y le meten en un taxi junto con sus pertenencias.

—Y bien. ¿A dónde le llevo joven? —Comenta el taxista mirándole sonriente desde su asiento.

—¿Cómo que a donde me lleva? Ni siquiera sé qué hago aquí. —Responde Tomás malhumorado.

—¿Prefiere bajarse? No hay problema. Me han dado dinero suficiente para poder llevarle hasta el aeropuerto, aunque puedo dejarle en cualquier punto intermedio.

—Está bien. Lléveme a algún hotel cercano. En este de aquí el personal parece estar loco.

—¿Usted cree? —Comenta el taxista mirando su atuendo.

—Estoy seguro de ello. No hay uno sólo que esté bien de la cabeza.

—Y bien, ¿dónde quiere que le lleve? Hay muchos hoteles para escoger por aquí. Tiene el Ritz, el Four Seasons, el Mandarin Oriental, el Bristol, el Shangri-La,...

—Esos suenan muy caros...

—Son hoteles con categoría de cinco estrellas superior. No sé si es barato o caro y nunca he dormido en ninguno de ellos para poder aconsejarle cual es mejor.

—Lléveme a uno más normalito en el que pueda encontrar una cama decente en la que poder dormir a gusto y a ser posible con puerta de seguridad, para que no entre nadie que no haya sido invitado previamente. Me conformo con eso.

—Bueno. Tengo un amigo que alquila habitaciones por aquí cerca. Creo que lo que él ofrece se ajusta a su petición.

—Perfecto. Lléveme allí entonces.

El taxi se pone en marcha y recorre varias calles hasta dejarle frente a un bloque de edificios. El exterior parece un poco lúgubre, pero al entrar, Tomás observa que está limpio y en aceptables condiciones.

El dueño le muestra una habitación en el segundo piso y le ayuda a subir sus pertenencias hasta allí. La habitación no es muy grande, pero tiene todo lo que necesita. Una cama y un pequeño escritorio al lado. El aseo también es pequeño pero está limpio.

Tomás envía un mensaje a sus amigos con su nueva localización y aprovecha para darse una ducha. Dentro de poco tendrá que salir en dirección al lugar del concierto. Hoy además tiene que realizar varias entrevistas.

Finalizada la ducha, Tomás busca entre la ropa revuelta y arrugada que han introducido en su maleta, algo que esté en condiciones para poder ser lucido hoy. Cuando ha finalizado tocan a la puerta.

—¿Quién es? —Pregunta Tomás acercándose a la puerta de su habitación.

—¡La policía!

—Tío no me des esos sustos. —Dice Tomás abriendo la puerta para encontrarse a Juan partiéndose de risa.

—¡Qué pillín! Así que intentaste acostarte con la hija del dueño. —Bromea Juan.

—¡No me hables de esa loca! Apareció sobre mi cama esta mañana y luego quería obligarnos a despedir a Susana para que ella pudiera ocupar su lugar. Ni en sueños me hubiera imaginado vivir esa pesadilla.

—¡Qué bueno! Pero, ¿sabe cantar? —Pregunta Andrés.

—Parece que sí. Susana ya la conocía. Se ve que estudió con ella aquí en París y no eran precisamente las mejores amigas. Por cierto, ¿dónde está? —Pregunta Tomás mirando detrás de ellos en dirección al pasillo.

—Donde está ¿quién? —Dice Andrés.

—Susana, ¿quién va a ser? Esta mañana estaba bastante disgustada. —Responde Tomás.

—Nos dijo que prefería quedarse en el hotel e ir por su cuenta hasta el lugar del concierto. ¿No has hablado con ella? —Pregunta Andrés.

—Sí, la he llamado un par de veces pero no responde.

—No te preocupes, la verás esta noche en el concierto.

—Menudo día llevo. Hoy también tenemos entrevista. —Dice Tomás dando un paseo por la habitación mientras pasa las manos por su cabeza en actitud pensativa.

—Vas a tener que contratar a alguien para que te ayude a llevar la agenda y todo el papeleo. No puedes seguir haciéndolo todo sólo. —Comenta Nacho.

—Lo sé. Es algo que estaba posponiendo pero no me va a quedar más remedio. —Dice Tomás cansado dirigiéndose al baño.

—¿Cancelamos la apuesta? —Susurra Juan en cuanto Tomás ha cerrado la puerta.

—Ni lo sueñes. La apuesta sigue en pie. —Responde Andrés.

Tomás sale del baño y se dirigen a la sala de conciertos. El taxi les deja frente a la puerta del AccorHotels Arena. Acompañados por una persona de la organización, entran y se dirigen a una zona vip, donde ya se encuentran algunos de los componentes de Furious Black Beast preparándose para las entrevistas.

Falta poco para que comience el concierto y Susana todavía no ha aparecido. Tomás pasea nervioso por los pasillos que comunican las diversas estancias en las que se divide la parte trasera del escenario. Vuelve a llamarla al móvil pero no responde. De hecho su teléfono dice estar apagado o fuera de cobertura.

—¡Maldita sea! No puede ser que haya creído que no continuase cantando con nosotros. —Murmura Tomás.

—¡Tomás! ¿Dónde está Susana? No la visto por aquí. —Comenta Sven.

—Se ha retrasado un poco, pero llegará enseguida. —Responde Tomás.

—Nos vemos luego.

Tomás mira de nuevo su móvil. Faltan apenas veinte minutos para que comience el concierto. Preocupado, se dirige a la sala en la que están los demás componentes del grupo.

—Chicos, tenemos un problema importante. No consigo localizar a Susana.

—¿La has llamado? —Pregunta Juan.

—Sí, más de diez veces. —Responde Tomás desesperado. —No sé qué hacer. Tengo que comunicar a los Furious que nuestra cantante no ha llegado y salir a buscarla. Esa loca del hotel puede haberle hecho algo.

—No creo que sea necesario. Ya está aquí. —Comenta Nacho mirando a la puerta. Susana entra en la sala de refrigerios con semblante serio, acompañada por un hombre de dos metros de altura que casi no cabe por la puerta de entrada.

—Susana ¿estás bien? —Pregunta Tomás mirando a Susana y a su misterioso acompañante.

—Perfectamente. Podrías decirle a este hombre que no me estoy colando, que soy la cantante del grupo, porque ¿todavía soy la cantante verdad? —Inquieta Susana.

—Pues claro que eres la cantante. —Asegura Tomás.

—Lo ves. —Dice Susana girándose en dirección a su acompañante. —He venido aquí a actuar. No me estaba colando. —El hombre parece satisfecho con la explicación y vuelve a salir por donde ha venido, dejando a Susana allí. —¡Llevo casi hora y media intentado entrar al local! Pero como no tengo entrada, no me han dejado pasar. Los porteros no me han creído cuando les he dicho que yo actuaba. ¡La gente pidiéndome selfis y autógrafos en el exterior y yo sin poder entrar porque no tenía entrada ni estaba en la lista de invitados vip! ¡Increíble! Y encima me he quedado sin batería en el teléfono. ¡Iba a llamar a la policía si no me reconocían aquí dentro! —Comenta exasperada. —Disculpadme, tengo que ir a retocarme. Empezamos dentro de nada.

—Lo ves. No era necesario que te preocupases. —Andrés señala hacia la puerta por la que ha desaparecido Susana, antes de llevarse a la boca un trozo de queso.

El concierto comienza puntualmente. Los componentes de Wild Wish salen al escenario entre un barullo de gritos que corean su nombre. El concierto discurre plácidamente. Tomás mira a Susana moverse sobre el escenario con confianza. Lleva siempre con ella sus amuletos y parecen haberse convertido en pequeños emblemas del grupo. El público agita pañuelos color mostaza iguales al que lleva Susana. A veces lo ata a su muñeca, otras veces al cuello, puede ser que lo lleve sobre el micrófono, en cualquier caso, el pañuelo color mostaza siempre la acompaña cuando sale a cantar, igual que el colgante que le regaló en Viveiro. No se ha desprendido de él en todas estas semanas.

Tomás observa un movimiento extraño al otro lado del escenario. Un hombre entra por el lateral, se tambalea y echa a correr en dirección a Susana mientras parece sujetar un objeto brillante entre sus ropas. El extraño se abalanza sobre Susana, que cae sobre una regleta de focos. Sin pensárselo dos veces, Tomás se dirige hacia ellos e intenta liberar a Susana de ese hombre, que se resiste a levantarse, aferrándose a Susana. El personal de seguridad aparece sobre el escenario. A pesar de los esfuerzos del extraño por dificultar su retirada, enseguida consiguen liberar a Susana del abrazo de ese hombre. Lo levantan y se lo llevan entre gritos y pataleos.

—¡Susana! ¡Susana! —Tomás grita desesperado mirando la figura inerte de Susana tendida sobre el escenario.

El equipo de emergencias presente en el concierto sube al escenario. Parece ser un desvanecimiento producto del golpe recibido al caerse. Valoran su estado y deciden llevársela al hospital para realizar un chequeo completo.

Susana se despierta con un sonido bip regular a su lado. Su cabeza está dolorida. Confusa, abre los ojos para encontrarse en una habitación desconocida, totalmente blanca y rodeada de varios aparatos médicos. Mira a un lado y otro, pero el leve movimiento realizado provoca que su dolor de cabeza se agudice.

—Susana... —Susurra Tomás levantándose de la silla a ver que se mueve.

—Tomás... ¿Qué ha pasado? —Contesta Susana.

—Te has topado con un fan demasiado animoso. —Bromea Tomás.

—Sí, creo que ya recuerdo. Estaba cantando y de repente... alguien se me echó encima.

—No te preocupes. Le han detenido, ya no volverá a molestarte. Ahora descansa. He llamado a tus padres. Estaban preocupados. Han subido en el primer vuelo que han encontrado. Llegarán dentro de un par de horas.

—Estoy cansada. ¿Qué es esto que tengo aquí? —Comenta acariciando con una mano al vendaje que le cubre la cabeza.

—Tienes un buen chichón en la cabeza y un brazo roto. —Dice Tomás agarrando suavemente la mano de ella. —El médico quiere mantenerte en observación. Tendrás que estar como mínimo una semana aquí.

—Lo siento mucho. —Contesta Susana mirando a Tomás. —¿Qué va a pasar con la gira ahora?

—No te preocupes por la gira. He hablado con Sven y les he propuesto cantar yo algunas de las canciones. Para las otras podemos usar playback. En cuanto estés bien te reincorporarás a la gira.

—Me alegro de que hayas podido solucionarlo todo.

—Susana, hay otra cosa que quería comentarte. —Tomás la mira. —Sólo quería que supieras que no hubo nada entre Marguerite y yo. Entró en la habitación sin ser invitada e intentó coaccionarme para poder convertirse en nuestra cantante.

—Conozco sus tretas. Es capaz de cualquier cosa.

—¡Buenos días! —Dice Andrés entrando por la puerta. —Me alegro de que ya estés despierta.

—Hola ¿Qué tal estáis? —Comenta Susana sonriendo al verle.

—Muy preocupados por ti. Sobre todo Tomás. No ha querido despegarse de tu cama en estas últimas veinticuatro horas. Tío, necesitas darte una ducha. Salimos para Leeds en una hora. Juan y Nacho han pasado por el hotel a recoger tus cosas. Por cierto, me han comentado de la organización que el loco del hotel en el que estábamos ha querido timarles con el precio a pagar por la estancia. Quería cobrarles un sobreprecio por generar desorden y ruidos molestos para el resto de inquilinos.

—¿Qué? —Pregunta Tomás incrédulo. —Pero si apenas estuvimos cuarenta y ocho horas alojados y al hotel sólo fuimos a dormir.

Capítulo 14

Susana escucha el sonido de un mensaje que acaba de llegar a su móvil. Sentada en un sofá al lado de la cama, alarga el brazo hacia la mesilla para recogerlo. La pantalla muestra el remitente es Nacho. Sonríe al ver que es un vídeo con la última actuación de Wild Wish grabada con un teléfono móvil. La melodía de inicio de esta canción le es desconocida. Es mucho más melódica que las canciones del grupo que ella ha interpretado. La voz de Tomás suena dulce y melodiosa. Y la letra, no puede ser.... ¡Es una canción de amor! Tomás está declarando públicamente su amor hacia... ella. Varias lágrimas se le escapan mientras escucha la canción. Cuando finaliza, busca la caja de pañuelos que está sobre la mesita, se limpia las lágrimas y se suena. Luego vuelve a reproducirla.

La puerta se abre y aparece un gran ramo de flores rojas, sujeto por Tomás. Susana levanta la vista llorosa de la pantalla del móvil.

—Susana, ¿por qué lloras? —Pregunta Tomás inquieto acercándose a ella.

—No es nada. Es que se me ha metido algo en el ojo. —Comenta sonriente mientras más lágrimas parecen querer brotar de sus ojos.

—¿Lo has visto? —Pregunta Tomás al escuchar el sonido de la canción que ha compuesto especialmente para ella.

—Sí.

—Y bien, ¿qué opinas? He sido un cobarde y un estúpido. He tenido miedo a perderte y te he empujado a marcharte. Aún así, ¿me darías una oportunidad?

—Sí, claro que sí. —Dice Susana antes de fundirse en un apasionado beso con Tomás.

Un carraspeo se escucha desde la puerta. Tomás levanta la cabeza y ve a Andrés y Juan que asoman la cabeza por la puerta.

—Chicos, no os dije que nos dices un poco de tiempo.

—Veníamos para ver si necesitabas ayuda. —Dice Andrés.

—Gracias. Ya me habéis ayudado con la canción. Desde aquí ya puedo seguir sólo. —Responde Tomás. —Cerrad la puerta al salir, por favor.

Juan y Andrés cierran la puerta y se dirigen hacia los ascensores que les llevarán a la salida.

—Esto no cuenta. —Comenta Juan indignado.

—¿Cómo que no cuenta? Te dije que no tardaría más de cuatro semanas en declararse desde que estableció las reglas y se ha cumplido. —Dice Andrés.

—¿Te crees que no me he dado cuenta? Llevas intentando influir en él desde que llegamos, haciendo comentarios acerca de Susana cada vez que Tomás se acercaba. —Responde Juan.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Qué estaba intentando influir en él para acelerar el proceso? Si no hubiera querido tener nada con ella mis comentarios no hubieran surtido efecto. Además, tú intentabas hacer exactamente lo contrario. "Con esa perilla rubia y ese aire de guerrero vikingo no habrá mujer que se le acerque". —Se burla Andrés. —Di más bien que tú te equivocaste. Dijiste que tardarían 3 meses en estar juntos. ¡Tío, Tomás no es tan lento! Has perdido la apuesta. Me debes cincuenta euros. —Dice Andrés tendiendo la mano hacia Juan para reclamar el pago del importe.

—¿Lento? ¡Pero si parece una tortuga! ¿Tú sabes el tiempo que lleva haciéndole ojitos? Estuve

a punto de apostar que tardaría seis meses como mínimo en declararse.

—Tío, si hubiera tardado más de tres meses me habría declarado yo antes. Anda, admítelo. Has perdido. Me debes cincuenta euros.

—Está bien. Pero no has jugado limpio. —Responde Juan sacando la cartera y entregándole a Andrés el billete. —No vuelvo a apostar contigo. Por cierto, te toca pagar la comida. Yo no llevo suelto.

Epílogo

Tomás sube por la gran escalinata de mármol central hasta el primer piso del Palacio de la Ópera. Luego se dirige hacia el pasillo situado a su izquierda que le llevará al palco que ha reservado para la ocasión, uno de los que están mejor situados y desde el que podrá escuchar y observar a Susana en todo su esplendor.

Hoy ha decidido vestirse con un esmoquin negro aunque su larga melena negra le delata. De vez en cuando se cruza con alguna persona a la que saluda brevemente. No quiere llegar tarde al inicio de la obra. Hoy nadie parece extrañarse de su presencia en la ópera. Nada que ver con las primeras veces, cuando entraba a la ópera para ver a Susana de forma furtiva desde las localidades de la platea más alejadas del escenario. Podía sentir las miradas extrañas del resto de los asistentes, que sólo reparaban en su aspecto externo. Ropas de color negro acompañados de unas botas también negras solía ser su aspecto habitual que, junto a su larga melena negra, a veces unida a una poblada barba, contrastaban enormemente con las apariencias extremadamente cuidadas de los habituales asistentes a la ópera.

Hoy la mayoría de los asistentes al concierto de esta noche le conocen como el fundador de la banda Wild Wish y marido de Susana Suarez, cantante de la banda y que hoy comparte escenario con Luciano Paros, tenor reconocido en el mundo entero.

Tomás consciente de la capacidad vocal de Susana, fue quien la animó a aceptar la propuesta que le hicieron hace unos meses de cantar junto a Luciano Paros en este festival benéfico. Fue él quien disipó las dudas iniciales de Susana, que creía no estar a la altura de la eminencia en el mundo de la ópera que es Luciano Paros. Nadie como Tomás es capaz de jugar con la capacidad vocal de Susana, que no deja de sorprenderle con su capacidad y su infinidad de matices que refleja y aprovecha en las canciones de la banda. Con ello ha conseguido situarse entre las mejores bandas del metal sinfónico, ofreciendo conciertos por todo el mundo.